

ALGO PARA RECORDAR

# Uno de los tres



\* LUCY MORTON \*

# UNO DE LOS TRES

*Algo para recordar*



Lucy Morton

"Y nos quedamos en eso. En recuerdos. Solo recuerdos. Vivimos toda una vida por y para los recuerdos."

No es un buen momento para Jean y tampoco para su hija April. El amor de la vida de ambas acaba de fallecer y saben, que por mucho que pase el tiempo, no lo van a olvidar jamás. Tras una mala racha en la que parece que la pequeña April, de ocho años, no levanta cabeza, Jean ve el momento adecuado para empezar un juego: contarle a su hija cómo conoció a su padre y ver si es capaz de descubrir, entre los tres candidatos que hubo en su momento, quién es con el que se quedó al final.

"Y de nuevo volvió a sentirse sola ante la presencia de su eterna antagonista: la vida".  
—Virginia Woolf

Pasado y presente se unen en una enternecedora historia sobre la vida, el amor y el destino.

Edición en formato digital: Febrero 2017  
Título: Uno de los tres –Algo para recordar–.  
Todos los derechos reservados.  
©2017 Lucy Morton

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

# ÍNDICE



[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Más títulos de Lucy Morton](#)

# CAPÍTULO 1

—

*Si te dicen que se fue, no te lo creas.*

**MIENTEN.**

*Si te dicen que no pensó en ti al cerrar los ojos cada noche, no te lo creas.*

**MIENTEN.**

*Si te dicen que él pensó antes en sí mismo que en ti, no te lo creas.*

**MIENTEN.**

*Pero si te dicen que para él eras lo más hermoso de su vida y que prometió, desde el primer segundo en el que te conoció, cuidarte y protegerte, entonces sí. Créetelos.*



## AHORA

Una niña de ocho años no debería acudir al funeral de su padre. No todavía. Para eso debería estar realmente preparada; tener veinte años más como poco o, con un poco de suerte, cuarenta. Una niña de ocho años aún necesita a su padre y su padre, necesita y merece verla crecer y disfrutar de todas y cada una de las etapas de su vida. Compartir con ella momentos. Conservar esos recuerdos hasta la vejez. Eso sería justicia; esto, no lo es.

Los padres son fundamentales durante los primeros amores de sus hijas. ¿Quién si no, le va a asegurar de que sí hay *chicos buenos* cuando de adolescente grite y llore diciendo que todos son *malos*? ¿Quién si no va a poner malas caras cuando venga a casa un adolescente con los pantalones caídos y el cabello sucio? ¿Quién va ahora a protegerla de todos los monstruos que están debajo de la cama?

Acaricio el cabello rubio de mi hija. Cabizbaja y con los ojos llorosos, manosea el pétalo de la amapola que lleva entre sus manitas. No ha querido ponerse el vestido oscuro, ha dicho que el preferido de papá es el rosa de flores y ese es el que lleva en el funeral. ¿Cómo negarle algo así? A él no le hubiera gustado el vestido azul oscuro. Me hubiera dicho:

—Jean, no resalta su preciosa cara. Ponle otro.

Le hubiera guiñado un ojo a su hijita y, de inmediato, la hubiera subido a caballo. A mí siempre me duele la espalda y no puedo hacerlo. April ya pesa demasiado para mí.

No escucho las palabras del párroco. Me niego a estar pendiente de los lamentos y las lágrimas de los asistentes al funeral del padre de mi hija. Me niego a creer que el que está en el interior de ese ataúd de madera de abedul sea él, cuando estaba tan lleno de

vida. Prefiero pensar, mientras me concentro en el murmullo del viento, que el que está dentro de la caja es un desconocido. O estoy aquí por simple compromiso. Un amigo mayor de mi padre o algo así. Pero luego, miro a mi lado y no lo veo a él pasando el brazo por mi hombro, sonriéndome y diciéndome que todo irá bien.

—¿Existen los fantasmas, mamá? —me preguntó April la noche anterior, solo unas horas antes de enterarnos del fallecimiento de papá.

No supe qué decirle. En vez de eso, me vi en la obligación de decirle a mi madre que se quedara un rato con April y me encerré en el cuarto de baño a llorar durante dos horas. Me quedé bien a gusto. Luego vino mi madre con una taza de té y me dijo que April se había quedado dormida.

—Tranquila, cariño. Los niños a esta edad son fuertes, lo superan todo.

—No sabes lo unida que estaba April con su padre, mamá —le dije yo, aceptando el pañuelo que me estaba ofreciendo.

—Todo pasará, Jean. Todo pasará.

Cuando alguien te dice algo así, es porque no sabe qué decirte. Porque entiende todo el dolor que sufres en esos momentos y estúpidamente cree que puede consolarte diciéndote que el tiempo pasa y que, gracias a eso, las heridas se curan. Se van haciendo más pequeñas. Cicatrizan. Pero solo lo creen y quieren hacértelo creer a ti cuando sabes que, en realidad, mienten. Que todo es una farsa, un complot que se cierne a tu alrededor por tu propio bien. Por tu salud mental. Porque llega un momento en el que te escuecen los ojos de tanto llorar y te salen heridas en la nariz de tanto refregarte el pañuelo en los orificios nasales. Porque llega un momento en el que te pesa hasta el alma y sientes que los latidos de tu corazón se han ralentizado hasta tal punto, que dudas hasta de si seguirán latiendo a la mañana siguiente. Y aun así, por mucho que te digan que el tiempo pasa, no pasa nada. No pasa nada. El tiempo pasa, pero el dolor no. El dolor sigue consumiéndote, sobre todo cuando ves a tu hija, inocente y pura, preguntar qué le ha pasado a papá y si ahora es un fantasma.

Mi madre me da un codazo. El párroco ha dejado de hablar y me mira; puede que lleve así varios minutos y yo no me haya dado cuenta. Miro a mi alrededor perdida y cojo la mano de April para acercarla hasta el ataúd en el que deja la flor. Es entonces cuando el silencio se ve entorpecido por los llantos histéricos e inconsolables de una niña que, al igual que yo, no puede creer que *papá* esté dentro de ese ataúd. Muerto. Quieto. Sin vida. Sin alma. Sin poder verla. Sin poder acariciarla. Sin poder hacerla reír. Sin nada. Nada. Nada. Nada. Ya no nos queda nada.

—Hija...

Se me parte el alma. Trato de cogerla, pero la niña se resiste a separarse del ataúd. Todos los presentes exclaman palabras como: «Oh», «Santo cielo», «Pobre niña», «Dios mío» y, mientras tanto, yo tengo ganas de gritarles que se vayan a la mierda; que me dejen estar sola con mi hija y que ambas, en cierta manera, al compartir el dolor, podamos ser capaces de consolarnos mutuamente y recomponernos. Con el tiempo. De nuevo el maldito tiempo.



## CAPÍTULO 2

—

*Que la tristeza desaparece cuando dejas de pensar en ella, decían.*

*Mentira.*

*Que cuando sonrías, tus ojos lo ven todo de otro color.*

*Mentira.*

*Que cuando proyectas pensamientos positivos el universo se confabula para concedértelos.*

*Mentira, patrañas.*

*¿Qué sabrán ellos?*

*Ilusos optimistas con una sonrisa boba en sus rostros. Hoy todo es de color negro. Hoy no ha salido el sol. Hoy, la “princesa” que se niega a ser como el resto de niñas y prefiere ser un caballero, un minero o todo lo que acabe en -ero en vez de en -esa, es solo la sombra de lo que fue. Porque su padre no está con ella. Porque yo ya no sé qué hacer.*



## DOS MESES MÁS TARDE

### AHORA

La mirada de April me dice que hoy tampoco está bien. Sigue confundida, quiere saber qué le pasó a su padre y yo, imbécil de mí, sigo sin saber cómo decirle que su muerte fue del todo injusta. Que todo fue culpa de un destino o de un universo cabrón. No, no debería hablar así. No debería transmitirle toda mi frustración y cabreo a mi hija. Por ella y solo por ella, debería sonreír y tratar de estar bien. Ser más amable, decir menos tacos y no dejarme llevar por los impulsos, que no son más que el enemigo traidor del cabreo monumental que tengo en estos momentos. En todos y cada uno de los días de estos largos y penosos dos meses desde que murió el padre de mi hija.

—Te he preparado zumo de naranja y tortitas, ¿quieres?

April niega lentamente con la cabeza sin mirarme.

—Tienes que comer algo.

Ha perdido peso. Estoy empezándome a preocupar de verdad; quizá sí sería buena idea ir a visitar a un psicólogo tal y como me ha recomendado su tutora.

—¿Chocolate?

Ni con esas.

—¿Qué miras con tanta atención? ¿Tan fea me he levantado esta mañana que no eres capaz de mirarme? —pregunto riendo.

Tampoco funciona.

—¿Te ha mordido la lengua el gato?

Demasiado mayor para gilipolleces.

—Bueno, coge la mochila. Vamos al cole.

La miro mientras recoge sus cosas para ponernos en marcha. Llegamos tarde, pero da igual. Hace tiempo que April no se pone un vestido, ahora prefiere llevar tejanos y camisetas de algodón como todas las niñas de su edad. ¡Con lo que le gustaban los vestidos! Ahora no son más que un cúmulo de polvo y una atracción irresistible para las polillas que habitan secretamente en el armario. La última vez que la vi con un vestido fue en el funeral de su padre; a él le encantaban.

«Ya no es una niña —pienso—, al menos no es la misma que se levantó ese día pensando que *papá* aún existía en este mundo.»

Con la frustración marcada en la expresión de mi rostro, lanzo el zumo de naranja que le había preparado por el desagüe y las tortitas van directas a la basura. April sigue ignorándome, ya lista y esperando para salir.

El viento de noviembre golpea nuestro rostro nada más poner un pie en la calle. April se coloca bien el gorro e ignora mi mano. Ya no me da la mano. Caminamos a paso rápido cinco manzanas hasta llegar al colegio y, una vez allí, no me da un beso en la mejilla. Se limita a decirme adiós con la mano y a reunirse con Sam y Lucy para entrar juntas al colegio. Me fijo en cómo un niño de su edad la mira y ambos se sonríen mutuamente. Pienso, pienso, pienso. Pienso en cómo conocí a su padre.

Cuando April desaparece de mi vista, soy yo la que entra en el colegio justo cuando suena el timbre. Subo hasta dirección y toco dos veces a la puerta de la tutora de April, por si tengo suerte y aún la pillo dentro.

—Jean —me saluda con prisas—. ¿Hay algún problema?

—No, ninguno. Bueno, lo de siempre, Ingrid. Ya sabes. He venido para pedirte el número del psicólogo de la escuela.

—No creo que haga falta, Jean.

—Hasta hace dos días creías que sí.

—April necesita a su madre —dice sonriendo.

—Su madre siempre está ahí —respondo molesta.

—Lo sé, lo sé... También ha sido un golpe duro para ti, estoy convencida de que en cuanto tú lo superes, April también lo hará.

—Han pasado dos meses.

—¿Por qué no le cuentas la historia?

—¿El qué?

—Cómo conociste a su padre. ¿Alguna vez le has contado vuestra historia?

Nunca lo he hecho.

—Claro, mil veces.

—Entonces, invéntate algo. Algo que la motive a estar y a hablar contigo. Algo que le provoque curiosidad. Eres una persona muy creativa, Jean, a la vista está en tus cuadros. Inventa una historia y sorpréndela. Será una manera de estar unidas y superarlo juntas.

Me da una palmadita en el brazo, como disculpándose por la prisa que tiene de irse a clase con las manos cargadas de carpetas, libretas y folios, y desaparece pasillo abajo. Yo me quedo durante un rato quieta, pensando. Mi cabeza va a mil por hora cuando camino lenta y pesadamente por el pasillo del colegio. Me detengo frente a una vitrina con copas, medallas y fotografías de otros tiempos. En una de ellas aparezco yo veintitantos años más joven junto al “equipo”; con un cabello rubio resplandeciente que ha dejado de existir, unas mejillas sonrosadas y acaloradas por haber terminado —y ganado— un partido de baloncesto y unas sonrisas, como el resto, que iluminan la cancha y le dicen al mundo:

—¡Ey! ¡Estamos aquí! ¡Somos las ganadoras de este y de todos los partidos que se nos presenten en la vida!

No me he dado cuenta que mi ojo derecho a empezado a lagrimear. Tampoco que mis manos tiemblan y que los partidos que se nos presentan en la vida no resultan ser tan fáciles de ganar como un simple partido de baloncesto juvenil.

## CAPÍTULO 3

—

*El mero hecho de que nos hayan repetido lo mismo una y otra vez, no lo convierte en algo verdadero.*



### AHORA

Con las manos metidas en los bolsillos de mi abrigo, espero a April en la salida del colegio. No vamos a ir a casa, hoy el frío no nos va a detener. La voy a llevar a un sitio que para mí es muy especial y espero que su dueño me recuerde como la “chiquita” —así era como me llamaba—, que pintaba cuadros y servía cafés.

—Jean, ¿qué tal? —me pregunta una voz femenina que distingo como la de Kate Sullivan, detrás de mí.

—Bien, Kate.

«No te voy a dar el gusto de decirte que estoy hecha una mierda y que mi hija no me mira y apenas me habla.»

—Poco a poco, Jean. Poco a poco.

Me mira con cara de pena. Odio esas caras, esos pucheros, esos gestos, ese consuelo. Lo odio todo de Kate Sullivan.

—Claro, Kate. Claro —digo en su mismo tono de voz.

Afortunadamente, su repelente hija Jennifer sale antes que April y se van, cogidas de la mano, en dirección a su apartamento de Upper East Side, mientras yo sigo esperando a mi hija.

Miro el reloj. Estoy empezando a impacientarme, puede que entre a ver qué pasa. Cuando doy un paso, veo a April acompañada de Ingrid, su tutora, con cara de pocos amigos. Ingrid sonrío con cara de circunstancias y me fijo en el bolsillo rasgado de la chaqueta de April y en su melena rubia despeinada.

—¿Qué ha pasado?

—Tranquila, Ingrid.

¿Tranquila? ¿Tranquila? ¿A mi hija se le está empezando a hinchar el labio y debo estar tranquila?

—Se ha peleado con Sarah, pero no pasa nada. No ha ido más allá de un golpe —trata de tranquilizarme la tutora, mientras April baja la mirada avergonzada.

—¿Por qué? —quiero saber, mirando el bolsillo rasgado de la chaqueta y el labio. ¿Un golpe? ¿Solo un golpe?

—Bueno... —empieza a decir Ingrid apenas en un murmullo—. Sarah le ha dicho que...

—¡Que papá no me quería! —exclama April de repente, con las mejillas encendidas y los ojos repletos de lágrimas. Sé que quiere abrazarme para sentirse protegida entre mis brazos, pero no lo hace. No sé por qué demonios no lo hace. Soy yo la que se acerca a ella y la arrimo a mí, pero me aparta cruelmente.

—Dale tiempo, Jean —me aconseja Ingrid, poniendo una mano sobre mi hombro.

Asiento sin saber qué más decir y decido que hoy lo mejor será volver a casa. No habrá sorpresa. Hoy, la chiquita, no volverá al bar donde servía café y soñaba con ser una gran artista exponiendo sus cuadros por todo el mundo.

## CAPÍTULO 4

—

*—¡Me has roto el corazón! —gritó entre lágrimas.  
—Te lo has roto tú misma —dijo él con su característica indiferencia—, por  
esperar algo que sabías que no te podía dar.*



### ANTES

¿Quién no ha tenido uno de esos amores salvajes, fuertes e inolvidables que se te clavan en los más hondo del corazón? ¿Quién no ha pensado que se puede morir de tristeza cuando llega el momento de la despedida? ¿Quién no ha escuchado canciones de amor y ha pensado muy seriamente en cortarse las venas porque ese amor de verano no ha vuelto a dar señales de vida?

Al terminar la universidad, mi Jean del pasado, con solo veintitrés años y unas ganas enormes de comerse el mundo, se fue a Irlanda con sus mejores amigas: Kim y Bárbara. Kim era la típica “ratón de biblioteca” que se pasaba el día leyendo novelas de Danielle Steel; mientras que Bárbara era la típica devora hombres que con solo una mirada encendía los deseos más ocultos del sexo contrario. Nunca hacía nada, la pobre, pero ahí estaba, con sus vestidos ajustados de colores indescriptibles y unos pechos bien desarrollados que Kim y yo envidiábamos secretamente.

Sabíamos que en Irlanda siempre llovía. ¿Siempre? ¿También en agosto?

—Tendríamos que haber ido a Cuba, maldita sea —refunfuñó Bárbara, con su maleta color fucsia a cuestas por los senderos de tierra y piedrecitas de la Irlanda rural—. Vamos a volver más blancas de lo que estamos siempre a Nueva York. ¡Qué vergüenza!

Kim, ajena a las blasfemias de Bárbara, tenía los ojos enganchados al mapa de Inistioge, el pueblecito irlandés que habíamos elegido porque era el que mejor de precio estaba y porque desde la oficina de turismo de Nueva York nos prometieron que era un lugar idílico y muy romántico, ubicado en un río entre colinas al sur de Irlanda. Que había bosques, que los jardines del viejo Woodstock Estate eran una maravilla, así como las ruinas de los antiguos castillos que se empeñaban en sobrevivir al paso del tiempo en sus colinas. También nos prometieron que la gastronomía era exquisita y que incluso

había pubs locales. Creo que Bárbara solo escuchó esto último: pubs locales. El resto le dio igual.

—Creo que nos hemos equivocado, chicas —murmuró Kim frunciendo el ceño.

—¿Que nos hemos equivocado? ¿Que nos hemos equivocado? ¡Maldita sea, dame el puto mapa! —gritó Bárbara, arrebatándole el mapa a la pobre Kim que, ajustándose las gafas, empezó a mostrar un pequeño temblor en el mentón ocasionado por los nervios y el mal humor de la “caliente hornos”—. Ya os dije que tendríamos que haberle dicho al taxista que nos dejara hasta la puerta del hostel en vez de querer ir caminando para contemplar el bello paisaje —se rio, irónicamente, imitando la voz de Kim y la mía.

Mientras Bárbara le echaba un vistazo al mapa, Kim y yo nos apoyamos en una de las piedras que había en el sendero, mirando absortas el paisaje. El cielo estaba nublado y a lo lejos solo se veían montañas, amplios campos verdes y árboles, muchos árboles. Un paisaje muy distinto al de Nueva York, siempre con su cielo contaminado y sus altos rascacielos; calles repletas de coches y gente malhumorada con prisas y estrés. Kim y yo respiramos muy profundo al mismo tiempo, y nos miramos con una sonrisa. Paz. En ese lugar solo había paz, a pesar de los tacos ininteligibles que estaba soltando Bárbara por la boca.

—Según esto —dijo Bárbara, sin dejar de mirar el mapa—, tenemos que llegar hasta la iglesia de Santa María situada en el centro del pueblo, ir recto y girar la primera callejuela a la derecha. ¿Sabéis qué hemos hecho? ¡Ir en la dirección contraria, idiotas!

Nadie en sus cabales soportaría a una amiga como Bárbara. Kim y yo, amigas desde que teníamos uso de razón, la acogimos en nuestro equipo de dos, porque ni siquiera las que eran como Bárbara la soportaban. Y ahí estábamos, tan diferentes a ella, aguantando sus quejas, insultos y lamentos, por el mero hecho de ser idiotas. Y buenas. Demasiado buenas.

—Muy bien —dije yo—, pues vamos a seguir disfrutando del paisaje. Bárbara, deberías haberte puesto un zapato más cómodo, ¿verdad? ¿Qué opinas?

—Déjame en paz.

Media hora más tarde, el tacón de nuestra amiga se rompió. Cuando pasamos por la iglesia Santa María construida en el siglo XIII y situada tal y como había dicho Bárbara, en el centro del pueblo, Kim y yo nos detuvimos no solo a descansar un poco, sino a contemplar las ruinas de una gran casa de comercio. Cuando atravesamos una plaza arbolada, Bárbara, caminando a pata coja, volvió a gritarnos.

—¡Venga! ¡Es para hoy, chicas! ¡Quiero tirar estos putos zapatos y ponerme las converse del demonio!

Un par de ancianos se giraron para mirar a Bárbara, hicieron aspavientos con las manos y negaron para sí mismos. Un grupo de niños se rieron de ella. Y Kim y yo no pudimos hacer otra cosa que imitarlos.

—¿Y encima os reís? ¿Encima? Cuba —repitió—. Tendríamos que haber ido a Cuba.

Al fin llegamos al hostel y cuando Bárbara vio nuestra habitación repleta de rosarios y cuadros de vírgenes, se sentó abatida en la ruidosa y vieja cama de muelles centenarios y miró su zapato de tacón con nostalgia por haber vivido tiempos mejores

con él. Lo lanzó contra la pared de piedra, tiró uno de los cuadros de una virgen al suelo dejándolo hecho añicos y tras el susto inicial, Kim y yo volvimos a reírnos de Bárbara. Ella, al fin, se unió a nuestras risas.

Por la noche, después de cenar una sopa excesivamente caliente en el hostel, nos acercamos hasta uno de los pubs del pueblo sin confiar demasiado en el ambiente que tendría.

—Seguro que solo hay abuelos —protestó Bárbara.

Pero cuando entramos, toda la juventud oculta en las calles del pueblo parecía estar encerrada ahí, bailando música Country de un grupo que había encima de una minúscula plataforma y bebiendo grandes jarras de cerveza encima de la pegajosa barra.

Miramos a nuestro alrededor entusiasmadas por el ambiente y nos dirigimos a la barra a pedir una bebida. El camarero pareció reírse de la inocente Kim cuando le pidió un zumo de piña. Bárbara una jarra enorme de cerveza *como esos de ahí*, permitiéndose pedir otra igual para mí.

—Estoy agotada del viaje, creo que me iré al hostel a dormir pronto.

Kim, de lo que tenía ganas de verdad, era de seguir leyendo a Danielle Steel. Decía que el libro “El fantasma” la tenía completamente enganchada y estoy convencida que si Bárbara no la hubiera persuadido para quedarse un rato más, se hubiera ido al hostel para pasar el rato leyendo hasta las tantas.

—Eres una aguafiestas —le dijo, poniendo los ojos en blanco para seguidamente mirar a su alrededor en busca de su próxima víctima.

Y la vio. Vaya si la vio. Lo peor de todo es que yo también. Y por primera vez en nuestra vida y en nuestra corta existencia como amigas, coincidimos en algo: aquel chico tenía ese “no sé qué” especial que llama la atención desde el primer segundo en el que te fijas en él. Alto y delgado; rubio y despeinado; ojos verdes por lo que pude distinguir en la distancia; una nariz bonita, ni grande ni pequeña, y unos labios deseables, una sonrisa bonita. Dulce y amigable. Hablaba con dos chicos, no parecían de por ahí. Bebía la cerveza a sorbos pequeños, como si no le gustara y tuviera que fingir que sí —como yo—. De vez en cuando miraba a su alrededor, como buscando algo, pero no le costaba volver a centrarse en la conversación con sus amigos. Y entonces, ocurrió. Mientras Kim estaba mirando la suela de sus zapatos porque *el suelo del pub estaba muy muy pegajoso*, y Bárbara, por su parte, se había dado la vuelta para pedir otra cerveza, el desconocido con los ojos más bonitos del mundo fijó su mirada en mí. De haber estado en Nueva York o en un entorno que conociera, hubiera retirado la mirada avergonzada; ¡pero qué demonios! Estaba en Irlanda, en un lugar muy lejos a mi zona de confort. Me atreví a sostenerle la mirada y entonces me sonrió. Para mi decepción, continuó hablando con sus amigos y mientras tanto, yo le daba sorbitos pequeños a la cerveza e insistía en llamar su atención. Seguía mirándolo. Mirándolo fijamente, tal y como había aprendido de Bárbara. Seguramente, si yo hubiera sido tan espectacular como Bárbara o hubiera tenido sus pechos, el chico ya se hubiera acercado a mí o yo a él en un arrebato de confianza en mí misma. Pero nada de eso pasó. No me volvió a mirar. Y tampoco se acercó a la exuberante Bárbara, que cambió de presa al ver a un tipo más cachas, más guapo y más alto, en la otra punta del pub.



## CAPÍTULO 5

—

*Y nos quedamos en eso. En recuerdos. Solo recuerdos. Vivimos toda una vida por y para los recuerdos.*



### AHORA

Nunca se me ha dado bien coser, pero desde que nació April, he hecho un máster en todo y aquí estoy, cosiéndole el bolsillo rasgado de la chaqueta mientras ella se ha encerrado en su habitación, no sin antes decirme:

—No tengo hambre. Todo es una mierda.

Me ha recordado a mi amiga Bárbara, casada con un rico empresario hotelero y viviendo la gran vida en los Ángeles. Mientras me dejo los dedos y la vista en el bolsillo, suena el teléfono. Esbozo una sonrisa al ver que es Kim, mi gran y adorable amiga Kim, una escritora de novelas románticas de éxito.

—¿Qué tal, Kim?

—Bien. Quería saber qué tal estáis vosotras.

No nos vemos desde el día del funeral. Kim y yo nunca hemos estado tantas semanas sin vernos.

—Ya sabes... poco a poco. April es la que lo lleva peor.

—Cuánto lo siento, Jean. Acuérdate que aquí me tienes para lo que necesites.

—Lo sé, lo sé. Hemos estado muy ocupadas, ya sabes.

—Me lo imagino, pero solo quiero que lo sepas. Que estoy aquí —insiste, en un tono de voz susurrante—. ¿Sabes? Últimamente me acuerdo mucho de nuestro viaje a Irlanda, ¿lo recuerdas?

—Cómo olvidarlo...

—Ahí conociste a ese gran amor —ríe, poniendo énfasis en “ese gran amor”.

—Lo recuerdo, Kim. Como si solo hiciera dos días de todo aquello...

## CAPÍTULO 6

—

*El error es mirar lo de ayer con ojos de hoy.*

*Querer que las cosas vuelvan a ser igual cuando tú ya no eres el mismo, como si se pudieran reciclar los suspiros o dar un mismo beso por segunda vez.*

*Los mudos no gritan, los sordos no ven la música, con las cinco letras que se escribe tarde no puedes escribir ahora. El amor que fue, ese ya nunca vuelve.*



### ANTES

Por mucho que durante las siguientes noches volviéramos al pub, no volví a ver al chico. Bárbara había empezado uno de esos tórridos y apasionados amores de verano con el tío “más alto, más cachas y más guapo”; cómo le ponía que tuviera gran parte de su cuerpo tatuado y que estuviera cerca de los treinta años. Kim terminó el libro “El fantasma” de Danielle Steel, y se sentía incompleta al ser incapaz de engancharse a otra de las historias de los múltiples libros que había traído en su equipaje.

Nos aprendimos de memoria los alrededores de Inistioge; los caminos de hierba a la orilla del río y los bosques y los jardines del viejo Woodstock Estate desde cuya colina había las mejores vistas al valle. Nos fuimos de excursión a Kilkenny, cuyas serpenteantes callejuelas te hacían creer que habías viajado en el tiempo y nos convertimos en clientas asiduas del Circle of Friends, un café de día y restaurante de noche, ubicado en una casa antigua cuyas paredes presumían de tener cientos de historias que contar y donde preparaban el mejor y más estimulante café.

A solo una semana de volver a Nueva York y con la certeza de que no volvería a ver al “chico de los ojos verdes” tal y como lo había apodado, Kim se puso enferma y Bárbara, como siempre, estaba desaparecida en combate. No me quedó más remedio que salir sola a dar un paseo, no sin antes asegurarme de que mi amiga estuviera bien.

—¿Seguro?

—Sí, algo me habrá sentado mal. Además me ha venido la menstruación —se quejaba Kim, retorciéndose de dolor en la cama—. Vete. Vete y pásalo bien.

Fue uno de los pocos días en los que resplandeció el sol en Inistioge. Me senté a orillas del río a relajarme y, con la única intención de escuchar el murmullo del viento y observar el romántico paisaje anti estrés, no hubiera imaginado nunca que “el chico de los ojos verdes” andaba por ahí en bicicleta y al verme, decidió sentarse a mi lado y conocerme.

—Te vi en el pub. Aquella noche.

Fueron sus primeras palabras hacia mí.

—Me llamo Tom.

—Jean —respondí, tratando de evitar el tartamudeo que se me presentaba cuando estaba ante un chico que me gustaba.

—No te he vuelto a ver por el pub.

—Yo he vuelto cada noche.

—Ya... —Frunció el ceño y apartó un mechón de la frente—. ¿De dónde eres?

—De Nueva York.

—¡Nueva York! Uau...

—¿Y tú? —quise saber.

—Londres. Aquí al lado.

No tenía los ojos verdes. Bueno, sí, un poco. Era una mezcla entre verde, azul y un poco de amarillo alrededor de la pupila. No podía dejar de mirar esos ojos.

—Hemos estado unos días en Dublín, por eso no nos hemos vuelto a ver. Esto es demasiado tranquilo para nosotros, ¿sabes? Pero no he dejado de pensar en ti. En la noche en la que te vi y en lo idiota que fui por no haberme acercado a hablar contigo.

«Eso se lo dice a todas, Jean. No seas imbécil», me dijo una voz.

«¡Qué bonito!», me dijo otra voz, más romántica y confiada.

¿A cuál de las dos iba a creer?

«¡Por el amor de Dios, Jean! ¡Estupideces! —intervino otra voz, más parecida a la de mamá—. Este chico vive en Londres, tú en Nueva York. Solo te queda una semana en este idílico lugar; luego te irás y él también. Fin de la historia.»

«¿Y si no es así? —empezó a decir la vocecilla romántica, adicta a las novelas de Danielle Steel—. ¿Y si nos enamoramos y acabamos los dos en Nueva York, teniendo cinco hijos y siendo un matrimonio feliz?»

«Por el amor de Dios, Jean. ¿Aún creemos en esos finales estúpidamente felices?», se pregunta la voz cabrona.

«¿Sabes qué? Saborea el momento y disfrútalo. Vive el hoy y no tengas miedo del mañana. Bésalo.»

«¡¿Estás loca?!», le grité yo sonrojada.

—¿En qué piensas? ¿He dicho algo malo? —preguntó Tom.

—¿Eh? No, no. Nada, solo que... —«No, Jean. Por lo que más quieras no empieces a tartamudear. No ahora»—. Bueno, yo... Emmm... me tengo que ir.

Me fui corriendo y dejé a Tom allí, solo, sentado sobre el césped mirándome atónito. Solo.

¿Cuántas veces me arrepentí de eso? Ninguna, porque lo que vino después fue mucho mejor.

## CAPÍTULO 7

—

*¿Hace cuántas vidas te habré elegido, que hoy sigo mirándote como si antes ya hubiera estado contigo?*



### AHORA

Haber hablado un ratito por teléfono con Kim me ha ido bien. Hemos rememorado nuestro viaje a Irlanda, su gastroenteritis, las locuras de Bárbara con el tatuado como cuando marcaron sus iniciales en una de las piedras milenarias de las ruinas de un castillo y casi los detienen por delincuentes callejeros y, sobre todo, hemos hablado de él. De Tom. El “chico de los ojos verdes”. Aquel chico que me destrozó el corazón.

—¡April! ¡April! —la llamo.

No responde. Ya estoy empezándome a acostumbrar. Dejo su chaqueta con el bolsillo cosido en el perchero del recibidor y recorro el pasillo a paso rápido hasta plantarme frente a la puerta de su habitación. Antes, cuando su padre y yo nos mudamos a este apartamento del Soho, era el llamado “cuarto del arte”. Lo suficientemente espacioso y con buenas vistas a la ciudad para que yo me inspirara y creara obras de arte que finalmente no recorrieron el mundo, pero sí varias galerías neoyorquinas con éxito y otorgándome un buen nombre en la ciudad. La gente compraba mis obras y gracias a eso, cuando nació April y decidimos que esta sería su habitación, pude alquilar un estudio a dos calles de casa para ir a trabajar. Me hacía sentir una persona un poco más normal que si me tuviera que quedar en casa trabajando como hacía, por ejemplo, Kim. Kim se pasaba el día en pijama bebiendo litros de café y alimentándose a base de pizza y comida pre-congelada mientras escribía historias de amor que ella, por comodidad, timidez o rutina, no había experimentado y no tenía ganas de experimentar. Cuántas veces le había dicho que se estaba perdiendo todo un mundo fuera mientras ella no podía apartar la vista de un libro o de la pantalla con un folio en blanco de su ordenador. Y cuántas cosas me estaba perdiendo yo, por no querer aceptar que él ya no estaba con nosotras.

—April, ¿puedo entrar?

Como no obtengo respuesta, decido, no sin cierto miedo, girar el pomo de la puerta y entrar en el dormitorio de mi hija. La veo tumbada en la cama boca arriba con unos cascos puestos y la mirada fija en el techo donde ha colocado una foto de grandes

dimensiones de su padre y ella cuando tenía dos años. Qué tiempos aquellos. Muy felices, sí. Muy felices.

No se ha dado cuenta que llevo dos minutos mirándola. Me pregunto qué música estará escuchando. Cuando me acerco un poco a la cama, me mira con indiferencia y yo, con un gesto, le digo que se quite los cascos de los oídos.

—¿Te gustaría escuchar una historia, April? —le pregunto, teniendo muy claro lo que quiero hacer. Siendo original, tal y como me ha recomendado Ingrid.

—No.

—Venga, April... será divertido.

—Déjame en paz, mamá.

Dios. Ha llegado esa odiada frase por las madres. «Déjame en paz, mamá». No me resulta rara, solo que pensaba que tardaría más en llegar. Estaba preparada para escucharla cuando April tuviera doce, trece, catorce o quince años, pero no con ocho. No, no lo puedo consentir. Con ocho años no. Si me dice esto con ocho años, ¿qué me dirá con catorce?

—Ni se te ocurra hablarme así, April.

—¡Que me dejes tranquila! ¡Tranquila!

Mi mano va sola y le da un bofetón que ella, con la expresión del rostro llena de rabia, se contiene en no devolverme. ¿Eso le ha hecho a Sarah? ¿La ha pegado?

—¡Vete! —grita—. ¡Ojalá fueras tú la que estuviera muerta y no papá! ¡Vete!

Ahora la que llora soy yo.

«Ojalá fueras tú la que estuviera muerta y no papá.»

Esas palabras se me clavan en lo más hondo de mi ser. No las voy a superar jamás, dice la parte melodramática de mí. Y sin embargo, hay una parte en mí más valiente y coherente, que entiende la rabia y la frustración de una pequeña de ocho años que adoraba a su padre y que la vida, la muerte o lo que sea, se lo han arrebatado sin preguntarle. Sin querer saber su opinión.

Camino despacio hasta la puerta. Cuando me giro, por si April quiere pedirme perdón o venir corriendo a abrazarme, me doy cuenta que vuelve a estar inmersa en su mundo. Auriculares puestos y foto de papá en el techo. Las lágrimas siguen recorriendo sus mejillas, pero no piensa en mí y parece no arrepentirse de lo que me acaba de decir.

Me prometo a mí misma que olvidaré este episodio de mi mente. Tal vez hoy no, pero mañana. O pasado mañana... o quizá dentro de un mes. Lo olvidaremos todo y volveremos a ser las de antes; un poco más viejas, un poco más sabias. Con lecciones aprendidas y errores que es mejor recordar para no volverlos a cometer.

## CAPÍTULO 8

---

*He aprendido que los amores pueden llegar por sorpresa o terminar en una noche. Que grandes amigos pueden volverse grandes desconocidos y, que por el contrario, un desconocido puede volverse alguien inseparable. Que el “nunca más”, nunca se cumple, y que el “para siempre”, siempre termina.*

*Que el que quiere, lo puede, lo sigue, lo logra y lo consigue.*

*Que el que arriesga no pierde nada, y el que no arriesga, no gana.*

*Que si quieres ver a una persona, búscala, mañana será tarde. Que el sentir dolor es inevitable, pero sufrir es opcional. Y sobre todo he aprendido que no sirve de nada seguir negando lo evidente.*



### ANTES

Cuando le conté a Kim lo que había acabado de hacer, lo primero que me dijo fue:

—No te reconozco. Siempre has sido tan segura de ti misma... Aunque empieces a tartamudear y esas cosas, si siempre he admirado algo de ti es que tienes las cosas muy claras, Jean. Mira con Dave, lo mal que se portó y...

—¿Mal? —la interrumpí—. Se portó como un cabrón.

Dave fue mi primer beso. El niño de la guardería que me hacía putadas cada dos por tres; que lo más bonito que me había dicho era: “Culo cara pedo” y que a los doce años me había dado un beso en los morros cuando estábamos sentados en el banco de un parte junto a otros amigos de clase. El que a los catorce me pidió ser su novia; con el que bailé en la fiesta de final de curso y con el que, a pesar de ir a universidades distintas, continuamos saliendo porque “así debía de ser” y porque a su madre le caía muy bien. El que luego, al terminar la universidad hace unos meses, me dijo:

—Jean... Jean, mi dulce Jeanny... la de años que hemos estado juntos, ¿verdad? Y qué bonito ha sido todo.

Mi mente, de inmediato, se puso en modo: «Alarma.»

—Pero hasta aquí hemos llegado.

El imbécil de Dave ya le había puesto un anillo en el dedo de una tal Ashley Cooper a la que no he llegado a conocer nunca pero con la que sí he compartido babas sin saberlo durante un tiempo. No pasó nada del otro mundo; Dave era un tipo vulgar y sin inquietudes. No era mi mejor amigo, tampoco ha sido nunca un gran amante y, todo sea dicho de paso y sin despecho alguno, ni siquiera besaba bien. No sentía nada hacia él;

no me deprimí ni creí que mi mundo terminaría y ni siquiera derramé una lágrima. Recuerdo que Kim me miraba como si fuera su heroína y yo, feliz, me quedé con eso.

—Que sepas —empezó a decir incorporándose y levantándose de la cama con la mano puesta en la barriga—, que esta noche vamos a ir al pub. Tú y yo, sin Bárbara. Por cierto, ¿dónde está Bárbara?

No lo sabíamos. Pero sí, ese fue el momento en el que grababa en una piedra histórica la inicial de su nombre junto con la del tío tatuado.

—Bueno, da igual. Que me voy al WC y luego ya si eso, nos ponemos monas, ¿vale?

Prefiero olvidar el olor que desprendió ese pobre cuarto de baño cuando Kim salió. Creo que desde ese momento, mi sentido olfativo se atrofió.

Esa noche cogí uno de los vestidos de Bárbara. Porque no estaba y porque me lo podía permitir. Cuando volviera, si es que volvía, y me pillaba, ya le daría explicaciones. Lloraría y le suplicaría que me perdonase si hiciera falta. Aún no sabíamos en qué problemas estaba metida con el tío tatuado, declarando en la pequeña oficina del *sheriff* del condado, que pensaban que la piedra que estaban agujereando era común y no histórica.

—Te sienta mejor a ti que a ella, Jean —me alentó Kim mirándome de arriba abajo.

—¿Sí? ¿Tú crees?

Yo solo veía un palo metido en un vestido ajustado apto para mujeres con curvas, algo que yo, por aquel entonces, no tenía.

—¿No me va muy grande?

—Un poco, pero te queda bien.

No confiéis nunca en alguien que te quiere y te ve con buenos ojos. No ven la realidad; el espejo, sin embargo, sí te muestra que algo no funciona. Los espejos no mienten, solo los de las tiendas de ropa, para incitarte a comprar.

Dos horas más tarde, Kim con un zumo de piña y yo con una cerveza que en realidad no me gustaba, estábamos en el animado pub. Junto a la barra, Kim con retorcionones yendo al mugriento cuarto de baño cada dos por tres y yo, con un brazo en jarra y el otro apoyado para poder sostenerme en los zapatos de tacón de Bárbara, esperábamos a que en cualquier momento Tom apareciera por allí con sus amigos. Se hizo de rogar, pero al fin, apareció. Mucho más guapo que por la tarde, entró buscando algo o a alguien y yo traté de guardar mi emoción al comprobar que se trataba de mí, cuando vino caminando hasta la barra y, con una sonrisa pícara y disimulando, se situó a mi lado.

—Jean, la chica que me ha dejado plantado esta tarde... —murmuró.

Kim nos miró a los dos. Se puso la mano en la boca, dejó el zumo de piña en la barra y se fue corriendo al cuarto de baño.

—¿Le pasa algo a tu amiga?

—No vayas al baño... por si acaso.

—Vaya. ¿Te cuento un secreto?

Se acercó a mí, pegó sus labios a mi oreja y mientras mi piel reaccionó poniéndose de gallina me dijo:

—No me gusta la cerveza.

—Ni a mí —reí yo.

Kim, al salir del baño, se disculpó y volvió al hostel. Me guiñó un ojo y eso solo podía significar que, efectivamente, el chico le había gustado para mí. Tom y yo hablamos, reímos y hasta bailamos. Me contó que tenía una hermana por parte de padre de diez años, que él tenía veinticinco, que había estudiado arquitectura pero que lo que realmente le apasionaba era actuar y se veía a sí mismo actuando en Broadway. Que nunca había estado en Nueva York, pero que pensaba que era la mejor ciudad para vivir; que aborrecía Londres y su clima oscuro y que las chicas inglesas eran antipáticas y estiradas. Me confesó que le encantaban los videojuegos, ver cine de autor y los libros de Stephen King. Y hasta me enseñó un tatuaje de un lagarto que se había hecho con una novia que había tenido hacía cinco años, una noche de borrachera en Londres. Yo le conté que había estudiado historia de arte, que mi sueño era pintar y exponer en las mejores galerías del mundo, que me apasionaba viajar pero que por el momento solo había visitado Italia y Berlín aparte de Irlanda y algún pueblo perdido a los alrededores de Nueva York; que mis padres estaban separados desde que tenía doce años y que no tenía hermanos con los que discutir. Que mi amiga quería ser escritora, aunque eso no le importara y que me preguntaba dónde estaba Bárbara, la chica malhumorada que también se fijó en él la primera noche pero que, inmediatamente, lo sustituyó por uno más mayor “más guapo, más alto, más cachas y tatuado” aunque, por supuesto, eso de “más guapo, más alto y más cachas” no se lo dije.

El pub cerró, sus amigos desaparecieron y nos quedamos solos en la calle sin nada que hacer y con muchas ganas de seguir juntos. Nos fuimos a dar una vuelta; a las tres y media de la madrugada, según marcaba mi reloj, me dio la mano y a las cuatro menos cuarto, me besó. El cielo estaba nublado y justo en el momento en el que nuestros labios experimentaron la agradable sensación de conocerse, empezó a llover. Nos empapamos, pero aun así, empezamos a reír como locos, tal vez debido a la borrachera que llevábamos por culpa de las cervezas que en realidad no nos gustaban.

Nos sentamos a orillas del río, yo encima de él, él encima de mí. Nos acariciamos, nos conocimos, pero no llegamos a más. Contemplamos un amanecer típico irlandés, sin mucho juego de colores ni un sol que alumbrase el camino, porque las nubes suelen estropearlo todo. No temimos constiparnos aunque, horas más tarde, sabríamos lo que era tener un buen gripazo encima. Hablamos de sueños, del futuro y de nuestras esperanzas. De lo bonito que sería que esa historia, que apenas llevaba durando unas horas, fuera a más. Que el viniera a Nueva York, la ciudad que creía perfecta para vivir; que tuviéramos hijos. Cuantos más mejor, decía él. Tres como poco, seis como mucho, decía. Yo me asusté al imaginarme gorda y que el dolor de parto, tal y como siempre decía mi madre, fuese inimaginablemente horrible. Él se reía y también hizo que me imaginara viviendo con él en una casita con porche y jardín, con una piscina en la que nuestros hijos, tres como poco y seis como mucho, se bañaran en verano, mientras nosotros les preparábamos sándwiches y batidos de chocolate para merendar.

Yo observé cómo el color de sus ojos verdes cambiaba de tonalidad según la luz que le daba. Y cómo sus labios eran suaves y firmes.



Al llegar al hostel y tumbarme en la cama boca arriba mirando el techo mientras Kim roncaba en la de al lado y de Bárbara aún no se sabía nada, no podía dejar de pensar en lo bien que me había besado. Y en lo poco que ese día dormiría, seguramente. Dave era historia, historia de la mala, de esa que olvidas fácilmente y que no duele; Tom era un auténtico primer amor, un amor de verano de esos que se te quedan muy dentro pero que, como los mejores amores, finalizan y finalizan de la manera más trágica aunque no lo quieras ver. Aunque estés ciega del todo.

Veinticuatro horas antes de volar hacia Nueva York, me dijo que se lo había pasado muy bien conmigo. Que me quería. ¡Que me quería! Imbécil de mí me lo creí. No escuché a la voz borde ni a la que parecía mi madre. No escuché a nada ni a nadie y viví el momento, como en cualquier novela de Danielle Steel. Si hubiera sido virgen me hubiera jodido, pero no lo era, y Tom fue un gran amante. Hicimos el amor. Bien, para mí fue hacer el amor; para él fue follar, un polvo de una noche... no sé, esas cosas de tíos. Fue apasionado, salvaje y dulce a la vez y, cuando terminó, fue al cuarto de baño de la habitación del hostel, se duchó y al salir me miró y sonrió. Me confesó que tenía una novia en Londres, que lo nuestro había sido mágico e irreplicable pero que se había dado cuenta, a pesar de todo, que la quería. Y que solo quería estar con ella. Con una aburrida y estirada británica con la que compartía un tatuaje de lagarto porque en realidad no había cortado con ella. Llevaban siete años juntos. Que Londres era la ciudad perfecta para vivir y ella, de cuyo nombre no me acuerdo aunque sí me lo dijo, la futura madre de sus hijos, tres como poco y seis como mucho. Me hubiera gustado ver la cara de imbécil que se me quedó, pero opté por ir a darme una ducha y quitarme de encima los restos del que, hasta hacía unos segundos, creía que era el amor de mi vida, prometiéndome a mí misma que jamás –JA-MÁS–, volvería a confiar en un hombre aunque tuviera los ojos más bonitos del mundo.

## CAPÍTULO 9

—

*En realidad nunca crecemos, solo aprendemos a actuar en público.*



### UN MES MÁS TARDE

#### AHORA

Me temo que estas navidades no serán felices. Puede que celebremos nochebuena en casa de mis padres; puede incluso que a April le apetezca colocar un árbol de navidad en el salón con su correspondiente estrella, pero él ya no estará para subirla a lo alto y colocar la “guinda del pastel”. No estoy segura de nada, porque April sigue estando encerrada en sí misma. Se coloca los cascos, algo más típico de adolescente que de una niña de casi nueve años y desaparece; se olvida del mundo. Piensa en él. Mira la fotografía. Y yo, cuando ella está en el colegio, hago lo mismo. Me tumbo en su cama infantil, encima de la colcha de flores y mariposas de color rosa, y miro la fotografía que hay pegada en el techo. Me pregunto cómo demonios ha conseguido engancharla ahí. Miro fijamente los ojos rasgados del padre de April, los más bonitos del mundo; cómo su sonrisa lo ilumina todo y lo protector que es con su pequeña, rodeándola con los brazos. Siento unos repentinos celos incontrolables; aún no he podido olvidar las duras palabras de mi hija. Ojalá hubiera sido yo quien hubiera muerto y no él. Me pregunto cómo sería la vida de April si yo no estuviera y cómo sería la vida de *papá*. Qué hubiera hecho él en mi lugar. ¿Me echarían de menos? ¿O solo soy una figurante dentro de esta función y, a pesar de ser la madre, no pinto nada en todo esto? ¿Le hubiera dicho también a su padre que ojalá hubiese muerto él en vez de yo? Dudo que así fuera. Ella nunca le diría algo así a su padre.

Fuimos al psicólogo en un par de ocasiones, pero April me amenazó. Me dijo que si le hacía soportar una tarde más junto a ese depravado y loco mental, se tiraba por la ventana. Yo, asustada, y en plena crisis nerviosa por la gravedad de sus palabras, se lo dije al psicólogo y a Ingrid. Ellos me tranquilizaron, me dijeron que era normal, que era... ¿cómo dijeron? Típica reacción ante la muerte de un padre. Algo así. Pero lo cierto es que yo no lo veo normal y cada vez me da más miedo que April pueda cometer

una estupidez. Una grave estupidez. Mi cabeza se llena de ideas horribles: me la imagino en situaciones gravísimas como muerta en la bañera electrocutada, que coja algunas de mis pastillas para dormir y se las meta todas de golpe o que un día desaparezca, se pierda, la raptan... y no la vuelva a ver más.

—Se me había ocurrido —le digo a Kim, con quien estoy tomando un café—, contarle cómo conocí a su padre.

—¿Cómo la serie “¿Cómo conocí a vuestra madre”?

—Más o menos —rio.

—Recuerdo que cuando lo conociste había alguien más, ¿verdad?

—Tres —recuerdo yo—. Eran tres y solo uno de los tres es el padre de April.

—Qué pena que lo vuestro no fuera bien. Parecía estar hechos el uno para el otro.

Eso era lo que decía todo el mundo. A ambos nos gustaba la navidad y el invierno por el simple hecho de poder llevar gorros de lana y no parecer idiotas. Nos encantaban los abrigos, las fundas nórdicas y los cojines. Nos gustaba ir al cine a ver un bodrio de película y observar a la gente en vez de enterarnos de qué iba la historia o qué hacían los pobres protagonistas con personajes infames. Éramos unos apasionados de caminar descalzos en verano y contemplar el atardecer desde la playa, la montaña o, simplemente, empararnos bajo una tormenta de verano. Nos gustaba mirar las estrellas en silencio. Pero también nos gustaba hablar; decir cosas absurdas y darnos cuenta que sí, que la gente tenía razón, que estábamos hechos el uno para el otro. Me gustaba sentir su mano en mi espalda y él nunca decía que no cuando le pedía un masaje en los pies después de un día agotador. Siempre me miraba fijamente a los ojos y, en plan broma, al escote. Cuando sonreía se le formaban unos hoyuelos en la mejilla bajo su barba de tres o cuatro días encantadora y el mejor momento del día era cuando él llegaba, me guiñaba un ojo y me susurraba muy bajito al oído:

—Jean, ¿ves el cielo? —Nunca me daba tiempo a responder—. ¿Te hiciste daño cuando te caíste? —Y entonces me reía durante media hora, le decía que era muy bobo y nos tumbábamos en el sofá para disfrutar del placer de no hacer nada.

—¿Jean? ¿Jean? ¡Vuelve, Jean!

—El uno para el otro, ya. —Sonríó tristemente y Kim acaricia mi mano en silencio y sin decirme: «Todo pasará. El tiempo lo cura todo. Tranquila...», etc, etc, etc... Sabe que estoy cansada de toda esa palabrería; de la lástima de la gente y los pucheros o los «Ohhhh» de la otra. Kim lo sabe todo de mí.

—Es genial lo que tienes pensado para April. Cuéntale esa historia aunque lleve los cascos puestos y no te escuche. Tú simplemente, habla. Habla y no esperes nada. Puede que le interese adivinar cuándo estás hablando de su padre.

—Es curioso que al separarnos pareciera que seguíamos juntos, ¿sabes? —pienso—. April solo tenía tres años y cada vez discutíamos más... luego, cuando firmamos los papeles del divorcio, los gritos desaparecieron y volvimos a ser él y yo pero sin masajes en los pies, besos o palabras bobas y bonitas. —Kim asiente, sabiendo que necesito desahogarme—. No rehicimos la vida con nadie, al menos yo y él, si tuvo pareja o algún lío nunca me lo contó. Cuando me enteré de lo del golpe en la cancha, no me lo podía creer. Le encantaba el baloncesto, como a mí. Él también había ganado varios partidos

con su equipo y va y precisamente, tiene que ser una pelota de baloncesto la que le provoque un golpe tan fuerte en la cabeza que...

Me llevo las manos a la cara y lloro.

—Pienso constantemente qué es en lo que pensaría instantes antes de morir. O si le dio tiempo, porque por lo visto murió en el acto. ¿Cómo puede matarte una pelota, Kim? Es absurdo y totalmente injusto.

—Jean, creo que todos tenemos el día y la hora de nuestra muerte programados. Es como si tuviéramos un reloj invisible tatuado en la piel y da igual que te escondas porque la muerte te encontrará de cualquier forma y en cualquier lugar. Cuando te toca, te toca. Y podría haber sido una pelota de baloncesto, un coche, un infarto o un ladrillo. Cualquier cosa. Él tenía el día y la hora ahí. Se terminó su tiempo en este mundo, Jean. Game Over.

—Pensaría en April, seguramente —me alivia pensar, ignorando toda la filosofía de vida, creencia o lo que sea que me acaba de decir Kim.

—Y en ti, Jean.

—No, él ya no me quería.

—Tú a él sí, ¿verdad?

—Me moría por volver.

—Y él.

—¿Cómo estás tan segura?

Kim baja la mirada y oculta una lágrima. La camarera, desde detrás de la barra, nos mira, preguntándose a qué vienen tantas lágrimas entre dos amigas de treinta y muchos años. Yo me pregunto qué es lo que me oculta mi amiga del alma y si me voy a enfadar por guardar secretos conmigo.

—Verás... dos días antes de que... Bueno, de que muriera, me llamó.

—Te llamó —repito confusa.

—Sí. Me preguntó si estabas con alguien o si me parecía muy absurdo que estuviera deseando volver contigo. Que no tenía sentido estar tan bien y no estar juntos. Que la habíais cagado separándoos, que merecíais otra oportunidad. Yo le dije que tú también opinabas lo mismo y que le seguías queriendo. No imaginas lo contento que se puso.

—Joder, Kim. ¿Por qué no me dijiste nada?

No quiero enfadarme. Juro que no quiero enfadarme y seguro que Kim tiene sus motivos. Siempre ha sido una buena amiga. La mejor.

—Me hizo prometer que no te diría nada, que sería una sorpresa. Y contarte esto, después del funeral... uff, se me hizo un mundo, Jean. Un mundo. Simplemente no pude.

—¿Qué quería hacer?

—El día en el que murió, esa misma noche, iba a prepararte una cena y a decirte lo mucho que te quería. Las ganas que tenía de volver contigo.

—Dios, Kim...

Vuelve a acariciarme la mano pero yo la aparto bruscamente. Me mira, se levanta y trata de abrazarme, pero yo me zafo, susurro un «lo siento» y me marchó del local ante la atenta mirada de mi amiga a la que sé que he herido. No estoy enfadada con ella, se lo diré después. Solo tengo un nudo en la garganta que me resulta insoportable; me impide

respirar y en estos momentos, si me atropellara un coche, tampoco pasaría nada. No me importaría lo más mínimo.

## CAPÍTULO 10

—

*Me tienes en tus manos y me lees lo mismo que un libro.  
Sabes lo que yo ignoro y me dices las cosas que no me digo.*

*Jaime Sabines*



### AHORA

Debo tener muy mal aspecto para que April, al fin, me coja la mano cuando salimos del colegio. Me ha mirado y, sin necesidad de palabras, me ha dado la mano. No sé qué es lo que ha cambiado tan de repente, pero me dijeron que podía ocurrir.

—El día menos pensado cambiará de actitud. Saldrá de esta y, a su vez, tratará de hacerte sentir mejor a ti —me dijo el psicólogo—. Es una buena niña.

«Es una buena niña», eso era lo que siempre decía su padre.

Tengo los ojos rojos de tanto llorar. Maldigo el balón de baloncesto y al crío de quince años que se lo lanzó sin querer. Maldigo que mi ex estuviera ahí precisamente en esos momentos y en la mala suerte que tuvo. Rezo en un Dios en el que no creo para que me alivie este dolor. Un dolor que comparto con mi hija y que hoy, puede que se obre el milagro —en el que tampoco creo—. Él sí creía en los milagros, en las cosas alucinantes que le pueden ocurrir a personas normales y corrientes. Solía decir:

—Si deseas algo con mucha mucha fuerza, el universo conspira para que se realice.

Yo me reía de él y le preguntaba de qué página de internet lo había sacado. Entonces se encogía de hombros, sonreía y me abrazaba. Siempre me abrazaba. Me encantaban sus abrazos.

—¿Qué hay para merendar hoy? —pregunta April entrando en casa.

Su pregunta me confunde. Hace dos meses que he dejado de preparar meriendas porque siempre dice que no tiene hambre. La cena ya no la hago con gusto, nunca la termina. Me he convertido en una madre horrible a la que parece no preocuparle la buena alimentación de su hija y entonces, me digo, ¿por qué no llevarla a ese lugar en el que yo solo era una chiquita que servía cafés a merendar? ¿Hoy puede ser el día? ¡Hoy

es el día! Le sonrío, y con un gesto le indico que salga al rellano. No nos vamos a quedar en casa, hoy no. Hoy vamos a salir a merendar a un sitio genial.

—¿Adónde vamos? —quiere saber curiosa. Me sonrío. No me lo puedo creer. Esto no está pasando.

«Si deseas algo con mucha fuerza, el universo conspira para que se realice», le oigo decir. He deseado este momento desde que él se fue. Aunque no creo que él deseara que un adolescente le lanzara un pesado balón de baloncesto a la cabeza y lo matara al momento. Y sucedió. Las cosas malas suceden. Pero las buenas también pueden ocurrir.

—Es sorpresa —le respondo, devolviéndole la sonrisa y guiñándole un ojo como él hacía.

Caminamos media hora hasta llegar al East Village y nos detenemos frente a una de las cafeterías que se encuentran al lado del parque Tompkins por el que solía pasear con mi ex antes de casarnos y tener a April. Nada parece haber cambiado; me siento como si volviera a tener veintitrés años y estuviera otra vez en mi primer día de trabajo. Aterrada, el primer día resultó desastrosa. Se me cayeron diez tazas de café encima de los pobres clientes y otras tantas al suelo. El jefe, que creo que me llamaba “la chiquita” porque nunca recordaba mi nombre, se ganó el cielo. Al final de la jornada me dijo:

—Tenemos que hablar.

Creí que me despediría.

—Lo has hecho fatal, chiquita. Pero todos tenemos que aprender. Mañana podré estar más pendiente de ti, te convertiré en la experta de los cafés.

Y así fue, solo que menos tiempo del previsto. Estuve trabajando en el café un año y medio; lo compaginaba con los cuadros que iba pintando por las noches en el pequeño cuchitril en el que vivía con Kim cerca de los jardines de Sunnyside. Una galería se interesó, después vino otra y otra y otra... Y el jefe se quedó sin su “chiquita”. El día que me despedí lloró. Solo rezo para que el interior tampoco haya cambiado y para que el “jefe” siga en la barra como si me hubiera estado esperando desde entonces.

—¿Entramos?

—Claro —responde April.

Miro a mi alrededor y respiro aliviada al ver al “jefe” de siempre tras la barra preparando café. Hay varios clientes en las mesas; los cuadros de la ciudad de Nueva York de principios del siglo XIX siguen colgados en las paredes de color crema; el suelo de madera vieja está resplandeciente, lo cual me indica, que el jefe sigue teniendo sus manías. Me acerco a la barra y espero a que se dé la vuelta sin permitir que una joven camarera me atienda ella primero. Cuando el “jefe”, de nombre Jerry, se da la vuelta, me mira con sorpresa. Abre los ojos, también la boca, mueve de un lado hacia el otro su inconfundible mostacho blanco y abre los brazos regordetes.

—¡Jean! —exclama, dejándome sorprendida—. ¡La chiquita! —Eso está mejor, pienso, sonriéndole—. ¡Maggie! Prepara una de esas crepes de chocolate que hoy tenemos dos clientas muy especiales.

Los clientes se dan la vuelta para mirarme, April y yo nos sonrojamos y acompañadas de Jerry, nos acomodamos en una de las mesas redondas al fondo. Estamos rodeadas de caballos de madera, una de las pasiones del jefe, que se sienta con nosotras agradecido por nuestra presencia.

—Quince años sin verte, chiquita —suspira—. ¿Qué ha sido de tu vida? Veo que tienes una niñita preciosa.

Cuando creo que April se va a poner de morros y le va a decir algo así como: «de niñita nada, señor», sonrío en silencio enseñando sus dientes de ratoncillo y asiente.

—Sigo pintando, Jerry.

—Eso es bueno, chiquita. ¿Y qué tal las exposiciones?

—Ahora un poco paradas hasta primavera, pero bien. Trabajando —respondo sin mucho ánimo. Jerry está viejo y me sorprende que no se haya jubilado aún. Sé que este lugar es su vida y para él, preparar cafés, es lo mismo que respirar para cualquier ser humano. Disfruta de la gente y de su trabajo.

La tal Maggie sale de la cocina con un café con leche y una taza de chocolate caliente para April, para instantes después ofrecernos una bandeja con un par de crepes de chocolate con una pinta deliciosa.

—Las mejores de Nueva York —promete Jerry mirando a Maggie.

—Me lo creo, jefe —rio yo, dándole un primer mordisco y saboreando le chocolate deshecho en la boca al mismo tiempo que asiento y confirmo que, efectivamente, son las más ricas que he probado en la ciudad.

April escucha lo terrible que era su madre como camarera y lo mucho que mejoró en el año y medio que trabajó ahí.

—Vivió una historia de amor preciosa en este sitio... ¿Recuerdas, chiquita?

—¿Con papá? —pregunta April.

Yo me encojo de hombros. Perdería la gracia si le empiezo a explicar mi historia en este momento, junto al viejo Jerry y en el lugar en el que dio comienzo, por así decirlo, mi vida entera.

—¿Qué fue de...? —Jerry no recuerda su nombre.

—Matt —le digo muy seria—. Nos separamos, Jerry. Pero tuvimos a esta niña tan guapa.

—Vaya por Dios, las parejas de hoy en día... Ay Ay Ay, qué lástima, chiquita.

—Bueno, Matt murió hace tres meses —le informo, antes de que diga algo hiriente.

—¡No me digas, Jean! ¡Cuánto lo siento! —exclama apenado mirando a April.

—Era el mejor padre del mundo —afirma la pequeña convencida.

—Me lo creo, chiquita. Me lo creo.



## CAPÍTULO 11

—

*Y de nuevo volvió a sentirse sola ante la presencia de su eterna antagonista: la vida.*

*Virginia Woolf*



### AHORA

April no ha dejado de hablar de Jerry, del café y de lo bien que le ha caído el hombre. Yo le digo que fue el mejor jefe que tuve y que me alegra que siga ahí al pie del cañón.

Hemos cenado pizza. Al fin April parece haber recuperado el apetito. Le digo que vaya a la cama y que me espere, que quiero proponerle algo. Antes, llamo a Kim y le pido perdón por lo que ha ocurrido hoy.

—Es comprensible, Jean —dice tranquilamente—. Yo en tu lugar creo que me habría cabreado conmigo misma.

—No tienes la culpa. Yo creo que en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

—Te quiero, Jean.

—Te quiero, Kim.

Las buenas amigas se enfadan y se perdonan. Las buenas amigas se entienden y se ponen en el lugar la una de la otra, empatizan. Se sienten a salvo cuando están juntas y no son nada si se disgustan por tonterías.

Friego los dos platos de la cena en dos minutos y voy hasta el dormitorio de April, que me espera tumbada en la cama con un osito de peluche que le regaló su padre hace años y que no había vuelto a coger desde su muerte.

—Mamá, antes de que digas nada —empieza a decir, con una madurez que me deja alucinada—, quiero pedirte perdón por lo mal que me he portado contigo.

—¿A qué ha venido este cambio, cariño?

—Hoy te he visto muy mal, mamá. Muy mal. Y no quiero que estés mal.

—Yo tampoco quiero que tú estés mal, April. Sabes que eres lo más importante que tengo, ¿verdad? —Asiente y me coge de la mano. Acaricio sus deditos, aún pequeños,

aún infantiles y sonrió tratando de esconder las lágrimas porque sé que debe ser un momento bonito y feliz—. Hace tiempo que quiero hacer algo. Jugar a algo, por así decirlo. Me gustaría titularlo: Algo para recordar y es la historia de una joven llamada Jean de veintipocos años, que antes de saber que el padre de su hija era el hombre ideal, tuvo otras dos oportunidades que dejó escapar.

—Umm... ¿Me vas a contar tus amoríos, mamá? —ríe April.

—Bueno, si lo quieres llamar así... Me voy a inventar los nombres y al final, tú debes adivinar quién era papá. ¿Te parece? ¿Te gusta el juego?

Deseo que sí. Venga, universo. Estoy deseando que le guste, así que conspira y hazlo realidad.

—Me gusta mucho —responde, apretando el osito contra su pecho—. ¿Empezamos ya?

—O mañana, si quieres. —Empiezo a dudar. Yo, como todo ser humano, tengo defectos y es algo que aún no quisiera mostrarle a mi hija.

—No, mejor hoy. Mañana nunca se sabe, mamá.

—Muy bien... Érase una vez...

—¡Mamá! —me interrumpo—. No tengo tres años, haz el favor de contar bien las historias. Como si hablaras con una adulta.

—Pero tú no eres una adulta —rio yo, incómoda.

—Pues como si fuera una pre-adolescente, ¿vale? Nada de “érase una vez” ni cuentos infantiles. Quiero saber cómo conociste a papá. Quiero saber que sé adivinar quién era y que elegiste bien.

«... y que elegiste bien», ha dicho.

«Sí, elegí al mejor», pienso.

## CAPÍTULO 12

—

*Al mundo le hace falta más gente que de verdad sienta las cosas que dice.*



### ANTES

Después de mis vacaciones estivales con un final agridulce en un pequeño pueblo irlandés, la vuelta a la realidad era inminente, por lo que como cualquier chica joven con pocas expectativas profesionales en “lo suyo”, empecé a buscar trabajo como una loca para poder pagar mis cosas y, sobre todo, el alquiler del apartamento compartido con Kim. Por nada del mundo hubiéramos querido volver a casa de *papá y mamá*; queríamos ser independientes, ir a nuestro aire y empezar a vivir nuestra propia vida.

Yo quería ser pintora y Kim escritora, dos profesiones artísticas y con muchos aspirantes, por lo que las probabilidades de ganarnos el pan con ellas eran, por el momento, prácticamente imposibles. Aun así, no caíamos en la desesperación y cuando veíamos que nos agobiábamos mucho o una de las dos estaba a punto de “caer”, la otra la obligaba a tumbarse en el sofá de segunda mano que teníamos, iba al badulaque a comprar el tarro de helado más grande que hubiera, preparaba palomitas y alquilaba una película VHS en plan comedia romántica; nada de dramas, ni miedo, ni intriga, ni acción. Comedias facilonas y divertidas, y si tenían amoríos en la trama central, fantástico. Nos animaban más. Nos hacían soñar.

Después de mi fracaso con Tom, el inglés que conocí en Londres y que me dejó KO el último día que nos vimos, el tema “chicos” no era de mi interés. El de Kim, como ya era habitual, tampoco y Bárbara... Bueno, Bárbara es otro mundo. En cuanto llegó a Nueva York se olvidó del tío tatuado de Irlanda y empezó a salir todavía más por las noches, conociendo a infinidad de tíos a cual más aparentemente perfecto. Terminó con el mejor para ella. El que podía darle la vida que ella quería desde siempre sin necesidad de dar un palo al agua.

Y yo, pobre de mí, estuve todo un fin de semana gritando feliz que había conseguido un trabajo en el café de East Village. Era mi primer trabajo de verdad; no contaba con el de socorrista tres veranos en una mini piscina de un camping en las afueras de la ciudad y tampoco con un par de campañas telefónicas en las que me contrataron para trabajar dos horas al día como tele operadora para ir llamando a las casas y preguntarles si estaban satisfechos con los champús y acondicionadores que compraban. Cuando

coincidía que el teléfono lo descolgaba algún calvo y me decía alguno en plan ofensivo, otro más del plan cómico:

—Soy calvo, no uso de eso.

Tenía que aguantar la risa y eso me provocaba ataques constantes de tos, por lo que finalmente me quedé sin voz y me di cuenta que yo, como tele operadora, no podría ganarme la vida jamás.

Empecé a trabajar en el café un lunes. Fue un lunes horrible que varios clientes sufrieron conmigo al ver sus camisas, vestidos o chaquetas manchados de café. Algunos se lo tomaban a risa y otros, no tanto. Pero hubo uno, la última persona a la que manché ese día, que me cogió del brazo y me obligó a mirarle.

—Ey —me dijo, tratando de captar mi atención. Yo estaba a punto de llorar. Pensaba que ese día Jerry me despediría, que no valía para nada y que me quedaría sin trabajo y debería volver a casa de mis padres porque no podía pagar el alquiler del apartamento o un mísero helado de chocolate y vainilla en esas noches *depres* que sufríamos Kim y yo por el tema futuro, sueños, finales felices, incertidumbre... Vi mi vida pasar por delante de mis ojos de modo demasiado melodramático, típico de los veintipocos años, cuando cualquier tontería te parece un problema enorme—. No pasa nada. No se ha muerto nadie, solo es café.

Debía tener mi edad, al menos eso pensé en aquel momento. Le pedí perdón cientos de veces y el chico, muy amable, me ayudó a recoger sin dejar de mirarme. No me fijé de qué color eran sus ojos, me había prometido a mí misma a no volver a enamorarme, ni siquiera de los ojos más bonitos del mundo. Ya sufrí lo mío con el inglés, no quería volver a pasar por lo mismo, al menos no de inmediato.

—Muchas gracias, has sido muy amable.

Sentí un nudo en la garganta, de esos que te advierten de unas lágrimas inminentes, y me desplacé hasta la barra a preparar un par de cafés a dos clientes que llevaban esperando más de veinte minutos y empezaban a quejarse. Vi por el rabillo del ojo cómo el cliente amable hablaba con el jefe y siempre he creído que ese día no me echó gracias a él. Al chico de la sonrisa. Al chico al que una tarde tras otra, le serví café y cada vez con mejor pulso. Él, de todas maneras, siempre se apartaba.

—Por si acaso —reía.

Me había fijado en que el chico, vamos a llamarle Bob, nunca se afeitaba y si lo hacía, se dejaba siempre un poco de barba. Suele pasar en los chicos a los que el pelo de la cara les ha tardado en crecer, que por más que se afeitaran, no había pelo que afeitar y parecían más jóvenes de lo que su año de nacimiento decía, acomplejándolos y deseando esa barba que Bob, no quería desperdiciar. Era moreno, podía presumir de una mata de cabello fuerte y sana y finalmente, después de unos días sirviéndole café, me di cuenta que sus ojos eran castaños, similares a la bebida que yo le servía cada día con una sonrisa. Semanas más tarde, un lunes por la mañana en el que la cafetería estaba llena, Bob se fue sin decirme adiós. Cuando fui a recoger el café de la mesa, me di cuenta que no se lo había terminado y que había una notita enganchada al plato que decía:

«Nunca me ha gustado el café,

pero vengo cada día para verte.»

Jerry rio detrás de la barra, seguramente había visto la nota antes que yo. Asintió y siguió trabajando, mientras yo me preguntaba, cómo miraría al día siguiente a Bob.

—¡Qué vergüenza! —le dije a Kim esa noche.

—¿Pero a ti te gusta? ¿Es guapo?

—Es guapo, sí. Pero no lo conozco.

—A Tom tampoco lo conocías y mira cómo acabó el idilio... —murmuró.

—Lo de Tom es distinto. Estábamos en Irlanda, lejos de casa... Ya sabes lo que dicen, ¿no?

—¿Qué dicen?

—Lo que pasa en Irlanda, se queda en Irlanda.

—Eso lo dicen de las Vegas, idiota.

—Me refiero a que lo que te pase en cualquier otro país, no cuenta. Es una aventura, un reto, un recuerdo... no sé, llámalo cómo quieras. No es real. Los amores de verano no son reales.

—Sé por dónde vas. Más o menos. Como si Tom solo hubiese sido un espejismo de un lugar al que crees que no vas a volver y, por eso, parece menos real. ¿No?

—Se nota que tienes madera de escritora, Kim. ¿Qué escribes ahora?

—El romance de una idiota con un cliente del bar en el que trabaja.

—¿No lo dirás en serio?

—¿No te lo crees? ¿Quieres leer? ¿Quieres saber cómo acaba? —rio.

—Prefiero no saberlo.

—Podríamos ir a que nos echaran las cartas —propuso divertida.

—Como si nos sobrara el dinero —me quejé yo, hincándole el diente a una tableta de chocolate almendrado.

—Por saber sobre el futuro y esas cosas. ¿Conseguirá Jean Parker ser una famosa pintora? ¿Será Kim Lois la escritora revelación del año 2050?

—¿2050? ¿Por qué te vas tan lejos?

—Porque no creo que publique nada jamás. En la vida. Hoy he vuelto a recibir una carta de rechazo de una editorial.

—Bah, Kim. Son idiotas. Algún día confiarán en esa novela y las editoriales que te han dicho que no, se darán cabezazos contra la pared —la animé.

—Trae un poco de esa tableta de chocolate. Vivir contigo me está poniendo como una foca.

Al día siguiente Bob no apareció por el café. Tampoco al otro, ni al otro, ni al otro... pasaron dos semanas y no había ni rastro de él. Jerry, entre risas, me decía:

—Me has espantado a un cliente. Eso me pasa por contratar a camareras guapas.

¿Se trataba de una estrategia? Entendía que no viniera porque no le gustara el café, pero si su estrategia era dejarme esa nota y luego desaparecer para que pensara a todas horas en él, había funcionado.

## CAPÍTULO 13

—

*Yo aquí, escribiéndote.  
Tú allá, borrándote.*

*Jaime Sabines*



### AHORA

—Y ahora, mi pequeña y dulce niña, es hora de dormir.

—¿Ahora? ¿En la parte más interesante? Sé que Bob es papá. Es una estrategia muy inteligente, seguro que es papá. Papá era muy inteligente —asiente convencida.

—Te quedan por conocer dos. No vayas de listilla, April —rio.

—Va, cuéntame un poquito más...

—Mañana —respondo, feliz por el interés que demuestra en mi historia: “Algo para recordar”. En el fondo, claro, también le pertenece a ella. Sin esa historia, April no existiría; no al menos en mi mundo y en el que ella conoce—. Descansa, que duermas bien, April.

—Gracias, mamá. Te prometo que mañana también estaré bien, ¿vale? Para que no estés tan triste.

Le doy un beso en la frente, la arropo con suavidad y apago la luz dejando la puerta medio abierta. Tiene casi nueve años, aún dice que tiene miedo a la oscuridad, pero me sorprende cuando la oigo decirme:

—Mamá, cierra la puerta. Ya no tengo miedo.

Como si me hubiera leído el pensamiento. Obedezco. Cierro la puerta y me voy al salón. Enciendo la tele y me pongo a cambiar de canal como una posesa. Me gustaría que Kim estuviera sentada a mi lado comiendo helado y engordando como un par de focas; viendo una peli mala en la tele o, simplemente, insistiéndome en que lea el nuevo capítulo de un tórrido romance inspirado en su mejor amiga, que ha escrito “hoy” dentro de su horario como recepcionista en el bufete de un abogado. Me gustaría volver al pasado y darme cuenta de lo afortunada que era. De la suerte que tenía y que, ciega de mí, no era capaz de ver.

Me levanto del sofá y voy hasta el armario que hay al lado del televisor. Busco entre los álbumes de fotos el que me interesa; lo cojo y lo estrecho entre mis brazos. El día de mi boda. Un día feliz de hace doce años. Y parece que fue ayer. Acaricio el rostro de Matt con la yema de mis dedos, deseando que me vuelva a susurrar cualquier tontería al oído con tal de hacerme sentir bien.

—Fue una buena elección —digo en voz alta, por si es cierto eso que dicen que cuando alguien muere, se queda cerquita de ti. Cerca de las personas a las que amó en vida—. A lo largo de nuestra vida debemos tomar decisiones —sigo diciendo—. Nunca sabremos si la que tomamos en ese momento es la adecuada hasta pasar un tiempo, pero basta con hacer caso de lo que te dicta el corazón. Y si te equivocas, no pasa nada, adelante. Siempre estarás a tiempo de rectificar. ¿Verdad, Matt? Pero no tuvimos tiempo de rectificar. La vida no nos dio ese preciado y maravilloso tiempo. No sabes cuánto lo siento —termino diciendo, hablando sola como las locas, entre lágrimas.

## CAPÍTULO 14

—

*A ver si la vida al final se va a tratar simplemente de reír y estamos aquí buscándole otras explicaciones...*



### ANTES

¿Por dónde íbamos? Oh, sí. Bob. Seguía desaparecido en combate y yo, que ya manejaba la bandeja como nadie, seguía obsesionada con él. Con esos ojos del mismo color que el café que me tranquilizaban cada vez que él estaba allí sentado, observando y simulando que le gustaba algo que en realidad detestaba, solo por el simple placer de verme.

«¿Por qué te crees tan importante, Jean?», me preguntaba a mí misma, mirando hacia la puerta del café.

«No volverá. No volverá a entrar. No lo volverás a ver», me repetía una y otra vez, auto convencíendome a mí misma que algo tan bonito no podía pasarme a mí. A una chica con mala suerte que pintaba por las noches y se esforzaba al máximo, y aun así ninguna galería se había fijado en sus coloridos y abstractos cuadros.

Pero una noche en la que Jerry ya se había ido y solo quedaba yo en el café; con las persianas medio bajadas y a punto de acabar de barrer para que el suelo quedase brillante como le gustaba al jefe, vi que unos tejanos oscuros estaban detenidos frente a la puerta. Al principio pensé:

«Mierda, un psicópata. No salgas, Jean, no salgas. Quédate a dormir aquí. Baja la persiana del café del todo y quédate aquí.»

Con las manos temblorosas, terminé de barrer. Comprobé que todo estuviera en orden para que el jefe al día siguiente diera el visto bueno y, algo temerosa, subí la persiana para salir del café, ir al apartamento y ponerme hasta arriba de helado con Kim. Había sido un día duro en el que una galerista me había dicho que mi estilo no era comercial y que, aunque tenía talento, si seguía así no vendería un cuadro en mi puñetera vida.



Desde fuera, su mano me ayudó a acabar de levantar la persiana y cuando lo vi, no sé si fueron los nervios, la felicidad que sentía al tenerlo delante o qué, pero me dio por reír. Él me miraba divertido, no sé qué pensaría en esos momentos sobre la camarera chalada que le tiró encima un café poniendo perdida su camisa de cuadros. Sí, recordaba que llevaba una camisa de cuadros. Ese día la camisa era azul claro y me alegró que el café estuviera cerrado y no tuviera que servirle nada. Por si acaso.

—Cuánto tiempo —dije nerviosa, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Viste la nota?

—Ajá.

—Ajá —rio. Encantador y conquistador. Qué miedo me han dado siempre los conquistadores. Nunca sabes si van en serio o, si por lo contrario al igual que Tom, el inglés, te confesarán cuando consigan llevarte a la cama que en realidad tienen novia, están casados o tienen hijos pululando por el mundo.

—¿Dónde has ido a tomar café todo este tiempo?

—En ningún sitio, ya sabes que no me gusta el café.

—¿Y qué te gusta?

—Ir al cine. —Sacó de su bolsillo dos entradas. Me acerqué a mirarlas.

—¿Amélie?

—¿Quieres verla?

Corría el año 2001 cuando la comedia romántica francesa “Amélie”, conocida en francés como *Le fabuleux destin d'Amélie Poulain* (*El fabuloso destino de Amélie Poulain*), dirigida por Jean-Pierre Jeunet, conquistó al mundo entero bajo el lema: «Ella va a cambiar tu vida.» Y vaya si cambió la mía.

El corazón me latía tan de prisa en la oscuridad del cine mientras veía el transcurrir de las imágenes de la especial y única “Amélie”, que creía que se me iba a detener de un momento a otro. Miraba de reojo a Bob cuando él también me miraba a mí y hubo un momento, un maravilloso momento, en el que nuestros dedos se acariciaron. Solo un segundo. Pero suficiente para saber que ese hombre —porque ya estamos en una edad en la que no hablamos de *chicos*—, me gustaba de verdad.

¿Qué se hace cuándo termina una película en el cine? ¿Cuándo la oscuridad es sustituida por una tenue luz anaranjada, todos los presentes se van y suena una música, en ese caso melodiosa y pausada?

—¿Te ha gustado? —le pregunté.

—Mucho. ¿Y a ti?

—Gracias.

Asintió. No sé por qué lo único que me salió fue decirle «Gracias». Gracias por invitarme. Gracias por haber querido compartir dos horas en un cine con una desconocida. Gracias por ser como eres. Gracias por esa caricia que ha hecho que todo mi cuerpo vibrase de emoción. Gracias por demostrarme que mi corazón es fuerte y es capaz de emocionarse; que late deprisa y aun así, es lo suficientemente resistente como para no detenerse. Gracias, Bob. Aunque ese no sea tu nombre, sino un pseudónimo para mantenerte en secreto delante de la curiosa de mi hija, cada vez más sonriente y yo, cada vez más tranquila.

Bob me acompañó hasta mi cuchitril compartido con Kim. Como buen caballero que era, en ningún momento insinuó si podía subir. No era el momento. No en una primera cita.

—Me ha encantado estar contigo sin café —rio, tocándose la nuca y mostrando su timidez.

—A mí también, aunque me guste mucho el café. ¿Vendrás mañana?

Se encogió de hombros, señaló la cerradura de la puerta de la entrada del edificio y se aseguró que entrara en el interior sana y salva. Una última mirada para verlo sonreírme, guiñarme un ojo y diciendo con la cabeza que sí, que al día siguiente nos veríamos. Mientras subía las escaleras no paraba de preguntarme por qué deseaba tanto que pasasen las horas deprisa para volverlo a ver. Estaba tan absorta en mis propios pensamientos mirando a las musarañas, que al llegar al rellano de mi apartamento tropecé con una caja de mudanzas que no había visto y que estaba mal colocada justo en el último escalón. Caí de morros; la vecina de enfrente, una señora mayor llamada Dorothy que ya estará criando malvas desde hace tiempo, salió por la puerta como si viviera enganchada detrás de ella y me preguntó si estaba bien. Dije que sí todavía con la nariz aplastada contra la moqueta verde del rellano, hasta que el cabreo que pillé fue monumental, cuando oí una risa procedente de unas zapatillas converse negras y masculinas que se habían detenido delante de la caja que había provocado mi caída.

—No me ayudes, tranquilo. Ya me levanto sola.

—Lo siento —se disculpó riendo—. No debería haberla dejado ahí.

Quise decirle que era un idiota. ¿Que cómo tenía la cara dura de estar riéndose de mí? Había ocupado todo el rellano de cajas; no hacía falta que me dijera que se estaba mudando al apartamento de enfrente del de Kim y el mío. Al cabo de unos segundos salió Kim en pijama y al darse cuenta que estaba acompañada de un *chico*, volvió a entrar en el interior del apartamento avergonzada y roja como un tomate, porque nadie podía verla en pijama salvo yo. Siempre ha sido muy pudorosa.

Expulsé el polvo que se me había acumulado en los tejanos; el chico no se había movido y esperaba a que yo me acabase de incorporar para, por lo visto, presentarse. ¿Te gusta el nombre de Jack, April? Al *chico 2* vamos a ponerle Jack.

—Soy Jack.

Me ofreció la mano pero yo no se la di. Ni siquiera le di mi nombre.

—Ya nos veremos —dije malhumorada.

Antes de cerrar la puerta nos miramos; él conteniendo la risa y yo maldiciéndolo mentalmente y en silencio para que las cajas le provocaran una caída tonta en cualquier momento de la mudanza.

—Con la noche bonita que he tenido y va y este aguafiestas me la ha destrozado.

—¿Noche bonita? —se interesó Kim, dándole un mordisco a un bocadillo de atún.

—Bob ha aparecido —le informé emocionada—. ¡Ha sido tan romántico! Hemos ido a ver la peli de Amélie.

—¿Ah sí? ¿Y qué tal?

—Súper bien. Ha habido un momento en el que nuestros dedos se han rozado y ha sido...

—La peli, idiota —me interrumpió—. ¿Qué tal la peli? —A veces parecía que Kim hubiese adoptado el carácter de Bárbara. En ocasiones llegué a preguntarme si no ha sido siempre un poco bipolar.

—Oh. “Amélie”. Bien, muy bonita. Especial, no había visto nada igual.

—Qué guay, esa la tengo pendiente.

Continuó comiendo su bocadillo de atún y se fue, ignorándome por completo, hasta la mesita en la que tenía su destartado ordenador portátil con una página a medio escribir. Bocadillo en la boca y dedos posicionados encima del teclado, me pregunté qué estaría escribiendo en esos momentos. Si yo, de alguna manera, le inspiraba en realidad. Disimulando, miré por encima del hombro, pero enseguida me dio un manotazo y opté por irme a la cama. Ya era tarde y necesitaba descansar. Pero, sobre todo, quería que las horas corriesen deprisa para volver a ver a Bob. Dormir es el método infalible para que las horas pasen rápido. Las horas siempre pasan y pasan mientras tú caes en un sueño profundo y no te enteras de nada hasta que... ¡Plas! La realidad del despertador.

## CAPÍTULO 15

—

*El amor nunca trae nada bueno. El amor siempre trae algo mejor.*

*Roberto Bolaño*

*(Amuleto)*



### AHORA

—Y... ¡Plas! Nos vamos a dormir —rio divertida aplaudiendo. Me encanta ver lo emocionada que está April con la historia.

—¡Qué bonito, mamá! O sea, que la primera película que viste con papá fue Amélie —afirma.

—¿Quién te ha dicho que Bob sea papá? Venga, a dormir.

—No creo que sea el vecino —responde riendo—. Papá nunca fue tan desordenado como para dejar cajas en medio de un rellano.

—No conociste a tu padre a los veintitantos años, April.

—Yo tengo la intuición de que es Bob.

—Aún queda un *chico* más.

—Creo que hoy me va a costar dormir.

—Ya sabes, durmiendo pasan las horas rápido y faltará menos para el fin de la historia.

Le doy un beso, la arropo, apago la luz y cierro la puerta. Ya es mayor. Ya no le da miedo la oscuridad.

Me voy a mi dormitorio y trato de dormir un poco, pero los pensamientos revolucionan mi cabeza y no puedo conciliar el sueño a la primera. Le mando un whatsapp a Kim, por si está despierta, y responde a los dos segundos.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Escribiendo, pero no tardaré en irme a la cama. Estoy muerta. ¿Qué tal la historia?

—April está entusiasmada —escribo—. Ya supone quién es su padre dentro de la historia y yo me muero por terminarla, aunque es muy divertido. Ha sido una gran idea.

—Me alegra saber que estáis mejor. ¿Tomamos un café mañana?

—Tengo que terminar un par de cuadros. ¿Comemos juntas, mejor?

—Vale.

—¿A las doce en el Pera Soho?

—Genial. Ya me ha entrado hambre.

Escribimos unos cuantos emoticonos de risas y besitos y cierro los ojos.

No quiero que termine mi historia. Querría estar contándosela durante toda mi vida a April, pero, desgraciadamente, todo tiene su fin.

—Matt —digo en voz alta—. Si estás aquí, quiero que sepas que lo nuestro nunca llegó a su fin. Y que seguirá vivo en el recuerdo. Siempre.

Si de verdad existen los fantasmas, me imagino al espíritu de Matt a mi lado, tumbado en la cama, acariciándome la mejilla y diciéndome:

—Siempre.

«Siempre» era nuestra palabra. «Siempre» resultó tener un final. «Siempre», finalmente, se quedó en «Nada».

Kim llega puntual a nuestra cita de las doce en el Pera Soho de la calle Thompson. Nunca hemos sido de comer ensaladitas; la lechuga para los conejos, solemos decir riendo. Así que disfrutamos del aperitivo: unos nachos con humus y otras delicias especialidades de la casa como el pulpo a la mediterránea, el Tartar de Salmón o los Phyllo rolls a los que nos consideramos adictas.

—O sea que vas por el vecino.

—No, no. Por la noche de cine que tan poco te interesó. ¿Qué tal? Me preguntaste y me diste un planchazo cuando lo que querías saber de verdad era qué tal la peli de Amélie.

—Menudo tostón. A mí no me gustó.

—A medio mundo le gusta, no entiendo como no te puede gustar la peli de “Amélie”.

—Qué sé yo. Estoy un poco tarumba, no me hagas caso. ¿Sabes que le he puesto Filomena de nombre a un personaje de la última novela?

—¿Por qué eres tan cruel?

Nos reímos y aunque no quería sacar el tema, parece inevitable hablar de Matt.

—Siento no habértelo dicho antes, Jean —se lamenta.

—Kim, ya te he dicho que no pasa nada. Que yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

—Ya, pero aun así... no puedo imaginarme cuánto duele.

«El tiempo todo lo cura», pero no soy capaz de sacar esta frase manida por la boca. Quizá algún día. Cuando sepa que realmente, el tiempo lo cura todo.

Cuando voy a recoger a April al colegio, Ingrid sale con ella como “favor especial” y me sonrío. April, distraída con una niña que ha llegado nueva al colegio hace unos días, no se percata que su tutora quiere hablar conmigo sobre los avances respecto a su estado de ánimo.

—Está mucho mejor y no sabes cuánto me alegro, Jean. Supongo que necesitaba tiempo.

«Ya estamos otra vez con el tiempo.»

—Le estoy contando una historia cada noche. Está entusiasmada con ella.

—Qué bien, me alegra mucho —repite, mirando a la niña—. Me preocupé cuando se peleó con Sarah; se mostró agresiva cuando April nunca ha sido así. Solía dormirse en clase, no almorzaba... Se está recuperando. Poco a poco, lo estás haciendo muy bien, Jean.

A veces va bien que te digan lo bien que lo estás haciendo como madre. Las madres siempre sufrimos de inseguridades en todas y cada una de las etapas de nuestros hijos. ¿Estará bien alimentado si le doy el pecho? ¿Por qué llora ahora? ¿Dios, le habré tapado en exceso con la mantita? ¿Aún respira, verdad? ¿Aún respira? Recuerdo, mientras veo a mi hija hablando como una mujer mayor con su nueva amiga, cuando en mitad de la noche me despertaba y tocaba su pecho a ver si respiraba. Estuve así durante su primer año de vida. Matt conseguía dormir como un tronco y se reía de mí.

—Los bebés son más fuertes de lo que parecen —solía decir.

Y vaya si lo son. Vienen al mundo preparados para madres inexpertas y primerizas que la pifian una y mil veces y se desesperan porque el bebé, que ni siquiera es capaz de sujetar la cabeza, no viene con un libro de instrucciones bajo el brazo.

—Mamá. —April llama mi atención cogiéndome de la mano—. ¿Vamos al café a comer unas crepes de chocolate?

—¿Hoy también?

—¡Sí! Por fa, por fa, por fa... —insiste.

—Claro, pequeña. Vamos a por esas crepes.

Jerry, al vernos entrar, se muestra feliz.

—¡Vaya! ¡Maggie! ¡Tenemos dos clientas adictas a tus crepes de chocolate! — exclama con un café en la mano y un mini bocadillo en la otra.

Maggie, desde la cocina, las empieza a preparar y April y yo nos sentamos en la mesa del otro día a esperarlas. Jerry tiene mucho trabajo, no nos puede atender, pero de vez en cuando nos mira y nos sonrío.

—¿Cuál era la mesa en la que se sentaba Bob?

—Ummm... ¿para saber eso has venido, pillina?

Miro a mi alrededor y observo con nostalgia la primera mesa del café. Es la que está en el lado izquierdo de la puerta y frente a la ventana por la que Bob siempre miraba el exterior distraído. Solía decir que se ven muchas cosas desde una ventana sin ser visto. Que se descubre todo un mundo en los ojos de la gente y en la expresión de sus rostros. Sabía, con solo mirar una vez, si la persona estaba triste, cansada, feliz, emocionada, ilusionada... Bob era un poco “Amélie” pero en hombre y real. Muy real.

—En esa de ahí —le señalo a mi hija.

Hay una pareja sentada. No deben tener más de veinte años; sus miradas embelesadas el uno en el otro se lo dicen todo. Sobran las palabras.

—Y ni se te ocurra preguntarle a Jerry nada —le digo—. Está terminantemente prohibido querer averiguar detalles de la historia antes de que termine.

—¿Sabes? Ya no estoy muy convencida de que papá sea Bob. Porque si está el del piso y otro del que aún no me has hablado... una normalmente no se queda con el primero que aparece, ¿no?

Me sorprende su madurez y su inteligencia. A April le gusta pensar y darle vueltas a las cosas, eso lo ha heredado de mí. La inteligencia y la curiosidad, está claro, de su padre.

—Hay que besar a muchas ranas antes de encontrar a tu príncipe azul —asiento reflexiva, hasta que me doy cuenta de las consecuencias que puede tener mi frase en una niña de ocho años que está dándole un mordisco a su crepe de chocolate con los ojos muy abiertos por lo que acabo de decir—. O sea, no —trato de rectificar—, no hay que besar a muchos chicos. No, no, no, nada de eso. Me refiero a que cuando aparezca el amor de verdad, solo a ese se le tiene que besar.

April me mira de reojo y se ríe. Me gusta su risa. Es escandalosa y contagiosa, como lo era la de él. Me gustan sus ojos, porque miran igual que los suyos. Pícaros y divertidos; con ese misterio tan característico de no saber nunca qué están pensando realmente.

## CAPÍTULO 16

—

*Cerrar los ojos... no va a cambiar nada. Nada va a desaparecer simplemente por no ver lo que está pasando. De hecho, las cosas serán aún peor la próxima vez que los abras. Solo un cobarde cierra los ojos. Cerrar los ojos y taparse los oídos no va a hacer que el tiempo se detenga.*

*Haruki Murakami  
(Kafka en la orilla)*



### ANTES

Al salir a las ocho de la mañana dirección al café, me tropecé con Jack, el vecino nuevo de enfrente. Me dio los buenos días, fue amable, pero yo ya le había cogido un poco de tirria, así que me limité a bajar las escaleras deprisa y salir al exterior. Hacía mucho frío en Nueva York. Me abrigué bien, cogí el metro y al cabo de media hora, ya estaba trabajando en el café con unas ganas locas de ver a Bob. Se hizo de rogar. Tal y como me tenía acostumbrada. Llegó a las once y media de la mañana con una bufanda horrible abrigando su cuello.

—¡Ya tenemos aquí al *amante de Teruel!* —exclamó Jerry, que siempre ha sido muy bromista.

Me puse colorada, creo que Bob también. Pidió un zumo de naranja natural y se sentó en “la mesa de siempre”.

—Chiquita, creo que tienes diez minutos de descanso. Anda, ve. Siéntate con él.

Ni te imaginas cuánto se lo agradecí. Era lo que más me apetecía en el mundo. Sentarme con él. Estar con él.

—No he dormido en toda la noche —reconoció—. No he dejado de pensar en ti.

Un largo «Ohhhhhh» se apoderó de mi mente. Pero si algún trauma tenía era Tom, el chico inglés que había conocido en Irlanda y que también me engatusó con sus palabras bonitas.

—Pero...

Nunca me han gustado los «pero». Nunca. Los «pero» no traen nada bueno nunca.



—En un mes me voy a Australia.

Casi se me sale el café por los orificios de la nariz.

—¿A Australia? No será una de esas excusas para desaparecer, ¿no?

—Me temo que no —respondió tristemente cogiendo mi mano.

Se me erizó la piel como ocurrió la noche anterior en el cine. Era como si con solo un roce, fuera capaz de estremecerme. Eso es amor, ¿verdad?, pensaba yo.

—¿Y tienes que irte sí o sí?

Asintió. Durante unos segundos tuve una fuerte lucha interna que consistía en: mandarle a la mierda por haberme querido conquistar aun sabiendo que en un mes se iría o decirle que disfrutáramos y viviéramos *a tope* el mes que teníamos antes de que él se fuera a la otra punta del mundo a vivir. Finalmente y, afortunadamente, me decanté por esto último. Disfrutar del tiempo y del momento a pesar de las consecuencias de la decisión tomada. Ya lo decía yo, «una chica como yo, nunca tiene suerte. Conoce al que parece el hombre de su vida y este, por asuntos programados antes de saber de mi existencia, tiene que irse. Y yo me quedo. ¿Qué haría yo en Australia? ¿Sería una locura!»

—Vale —murmuró—. ¿Quieres venir esta noche a mi casa? —me atreví a preguntarle.

Asintió.

\*Nota para el lector: lo que a continuación relato, no se lo cuento a mi hija ni en broma. Simplemente, lo paso por alto.

Había convencido a Kim para que quedase con Bárbara en cualquier pub mugriento de la ciudad. Al principio se quejó un poco, estaba en la parte más interesante de la novela que escribía y lo que menos le apetecía era tener que salir a las frías calles de Nueva York con la loca y egocéntrica de nuestra amiga que por poco acaba entre rejas en un pequeño pueblo al sur de Irlanda.

Sin embargo, el vecino de enfrente no podía dejarme tener la fiesta en paz. Tenía un plan romántico preparado; había comprado incluso velas y esperaba que a Bob le gustase la pizza, porque por aquel entonces, yo no sabía cocinar muy bien. No. En realidad no sabía cocinar nada, ni un huevo frito.

Bob llegó junto a un rebaño de gente; jóvenes alocados que se dirigían al piso de enfrente ante las quejas y los gritos de la vieja Dorothy al vecino de nuevo.

—¡Una fiesta! ¿Una fiesta hoy? ¡Si es miércoles, muchachos! Como arméis mucho ruido llamo a la policía. ¡Quedáis avisados!

Rogué a Dios y a todos los ángeles, que llamase a la policía. Pero la muy mentirosa no llegó a hacerlo.

Bob y yo cenamos entre dos románticas velas y la luz tenue que había preparado para la ocasión, mientras de fondo se oía a gente reír, chillar, taconear y bailar al son de una música horrible que, con el tiempo, he preferido olvidar. Estilo heavy, aunque en realidad, el vecino tenía pinta de todo menos de heavy.

—Menuda fiesta tienen montada —reía Bob.

Yo también me reí, pero solo por el hecho de estar imaginándome estrangulando al vecino de enfrente. A las doce de la noche, seguían con la fiesta mientras Bob y yo estábamos sentados en el sofá viendo una película. No recuerdo cuál, yo solo podía mirarlo a él. A los nuevos ojos más bonitos del mundo. En un momento de la peli, él se levantó y fue a apagar la luz. Yo me quedé sentada esperándolo, y cuando vino, puso sus manos en mis mejillas; me miró fijamente y acercó su rostro al mío. Cuando nuestros labios estaban a punto de conocerse, sonó el timbre. No delicadamente, no. Fuerte. Un sonido fuerte que me destrozó el tímpano.

«¡Joder!», exclamé para mis adentros.

Bob, desconcertado, se apartó un poco de mí y yo me levanté a abrir la puerta con cara de muy muy muy pocos amigos.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Jack.

—¿Tienes limones, vecina? —preguntó Jack, algo borracho.

—¿Limones? ¿Limones?

Le cerré la puerta en las narices. Respiré hondo una, dos, tres y cuatro veces y me di la vuelta con la mejor de las sonrisas. El nuevo vecino no podía estropear ese momento. No, ni hablar. Nadie podía estropear ese momento.

—¿Por dónde íbamos?

Me acerqué a Bob, me senté encima de él y pasé mis dedos por su cabello. Él me agarró fuerte por la cintura acercándose a su pecho y en el momento en el que ¡sí, al fin!, nuestros labios se estaban aproximando peligrosamente, escuchamos el cerrojo de la puerta. Miro hacia arriba, al frente.

«No puede ser. Kim, te mato. Te mato.»

—Ey, ¿qué pasa? Lo siento, no lo soportaba más... Bárbara se ha ido con un tío, que... —Se paró en seco. Vio a Bob. Abrió la boca y achinó los ojos suplicante—. ¡Lo siento! Emm... Hola, soy Kim, la compañera de piso de Jean.

—Encantado, Kim. Soy Bob.

Bob se levantó mirándome con tristeza.

—Ey, que yo me voy a la cama. Podéis... No sé, podéis... Pues eso, que me voy.

Kim se fue ante mi mirada fulminante de: «Te voy a matar» y Bob y yo nos quedamos de pie en mitad del salón con el follón de la fiesta de enfrente.

—Qué desastre, Bob... —me lamenté.

—Nos queda un mes. Tenemos un mes por delante.

—Quédate a dormir. Sí, quédate a dormir —le propuse, aun sabiendo que todo era muy repentino, que todo iba muy rápido. No quería asustarlo, pero no pareció que así fuera.

Me rodeo con sus brazos. Colocó un mechón de mi cabello detrás de la oreja y rápidamente sin más preámbulos para que nada ni nadie entorpeciera el momento, me besó. Lentamente. Saboreando el momento. ¿Hay algo más curioso que un primer beso? El resto parecen darse como por inercia; ya sabes cómo besa el otro, conoces sus movimientos y su juego de lengua. Pero el primer beso no se olvida. El primer beso solo ocurre una vez.

Cerré los ojos y me deje llevar. Sin dejar de besarnos, le guie hasta mi habitación. Nos desvestimos rápido y Bob, encima de mí, inició una danza que desee que no

terminara jamás. Los gritos y el ruido de la fiesta se seguía escuchando; la pared de mi habitación daba con el rellano. Pero lo más curioso de todo, fue cuando la fiesta, pareció estar al otro lado de la puerta.

No me lo podía creer. No podía concentrarme. Estaba haciendo el amor con un hombre maravilloso y Kim, había dejado que la fiesta entrase en casa. ¡En nuestra casa!

—Shhh... —me tranquilizó Bob, dentro de mí—. No pasa nada. Cierra los ojos —susurró—. Cierra los ojos.

Le hice caso. Y a pesar de todo, viví ese momento como uno de los mejores de mi vida. Bob, esa noche, durmió conmigo. Abrazados. No dejó de acariciarme y tocarme la espalda durante toda la noche.

«Esta vez no me he equivocado —pensé—. No todos son como el inglés.»

Cuál fue mi sorpresa al día siguiente, cuando iba a preparar un zumo de naranja para Bob, que aún dormía en la cama, cuando me encontré al vecino de enfrente roncando en el sofá.

¿Se habría acostado con Kim? No, ese no era su estilo, no podía ser. ¿Pero que hacía ese tipo en el sofá? Una lata de cerveza descansaba en el suelo junto a él. Gotas de cerveza habían manchado el parque. Abrí sigilosamente la puerta del dormitorio de Kim. Ella dormía plácidamente con su pijama de *Mickey Mouse* sin saber, seguramente, que Jack se había quedado dormido en el sofá.

¿Hasta cuándo había durado la fiesta? ¿Por qué no estaba en su apartamento? Sin hacer ruido fui hasta la nevera y cogí una jarra llena de agua fría. No lo pensé dos veces. Ahí iba mi venganza.

—¡Ahhhhhhhhhhh! —gritó el bueno de Jack, levantándose de repente—. ¡Joder! Tía, ¿qué te pasa?

A los dos minutos, teníamos a Bob y a Kim como espectadores.

—¿Qué haces en mi casa? Kim —la miré enfurecida—, ¿por qué les dejaste entrar a estos energúmenos? Porque les dejaste entrar, no me digas que no.

—Yo, no... solo vinieron a pedirme limones y entraron y yo me uní un poco a la fiesta y... —trató de excusarse, aún dormida y atolondrada.

—Aprende de tu compañera de piso. Ella mola. Tú no.

Jack me miró con desprecio, luego miró de arriba abajo a Bob, que solo iba vestido con unos calzoncillos, motivo por el cual Kim se fue corriendo hasta su dormitorio roja en esa ocasión como un cangrejo y el vecino desapareció dando un portazo.

—¿Zumo de naranja? —le pregunté a Bob, riéndome aún del despertar del vecino.

—Claro.

Odié Australia sin conocerlo.

Odié y amé ese mes de noviembre a partes iguales.

El día uno de diciembre llegó y Bob, que había dormido todas las noches conmigo, lloró tanto como yo. Volvería en tres años; terminaría el master y viviría definitivamente en Nueva York.

—No te voy a pedir que me esperes —me dijo, aún acostados en la cama, sabiendo que en unas horas ocurriría la tragedia de mirarnos por última vez hasta vete a saber

cuándo—. No sabemos hacia dónde irán nuestras vidas. Puede que tú te conviertas en una pintora famosa y tengas que viajar constantemente.

—O puede que tú te enamores en Australia y cuando vuelvas ya no te acuerdes de mí.

Me obligó a darme la vuelta y a mirarlo a los ojos con el dedo colocado en mi barbilla.

—No digas eso. No lo vuelvas a decir. Yo nunca me olvidaré de ti. Las personas que marcan dejan una huella inolvidable. Esté donde esté, siempre estaré contigo.

## CAPÍTULO 17

---

*Me gusta pensar que voy a verte. No sé en qué lugar, ni en qué estación o circunstancia. No sé si hoy, mañana, en unos años o en alguna otra vida. No sé si siendo niños, jóvenes o ancianos; en forma de personas, de agua y piedra, flor y tierra o lluvia y cielo. Solo pensar que voy a verte de algún modo; en algún tiempo en que nuestros destinos coincidan nuevamente. Solo pienso en eso. Me gusta pensar que voy a verte.*

*Leunam.*



## AHORA

—¡Nooooo! —exclamó April entre risas y lágrimas—. ¿Por qué se fue? ¿Por qué? —se detiene un momento y piensa detenidamente en lo que va a decir a continuación—. ¿Papá estudió un master en Australia? —se pregunta más para sí misma que para mí—. ¿Papá estuvo en Australia?

—Te dejaré con esa intriga. Venga, a dormir.

—Míralo.

—¿Qué?

—Siempre que quieras verlo, está ahí.

April señala hacia el techo y mira fijamente a su padre. Yo hago lo mismo y las lágrimas brotan de nuestros ojos de manera natural, como si ya estuvieran acostumbradas a hacerlo.

—Siempre estará aquí —afirmo—. Con nosotras. Protegiéndonos como siempre. Esté donde esté... —termino murmurando.

Si algo me gusta de pintar durante horas, es que me abstraigo completamente del mundo y soy capaz de olvidarme hasta de comer. Las horas corren a su antojo pero no me importa, mientras a las tres de la tarde esté puntual en la puerta del colegio para llevarme a April a merendar unas crepes de chocolate al café de Jerry. Sé que no puede ser sano comer chocolate cada día, pero yo lo hacía y aquí sigo. No me ha pasado nada.

Precisamente eso era lo que me decía a mí misma cuando Bob se fue a Australia y no sé si debido a la distancia o a lo ocupados que estábamos antes, no mantuvimos mucho el contacto. Soñaba con el día en el que él volviera. No me importaba que tardara dos, tres, cuatro o cinco años. Por aquel entonces, aún estaba convencida de que le esperaba aunque él me hubiera dicho que no tenía por qué hacerlo. Él sabía que la vida daba muchas vueltas y que, cuando te vas lejos, no puedes contar con que la otra persona te espere. La otra persona también debe seguir su camino, coger con fuerza las riendas de su vida y arriesgarse a conocer otros mundos. Sobre todo, cuando no has cumplido los veinticinco.

## CAPÍTULO 18

---

*Habernos encontrado no fue ninguna coincidencia, tampoco fue casualidad. Quizás ya todo estaba predeterminado, el destino ya lo tenía preparado. Y a pesar de nuestras tantas diferencias, seguimos aquí conquistándonos a diario, sin límites ni horarios.*



### ANTES

Hacía tres semanas que Bob se había ido a Australia. Kim intentaba animarme a base de tabletas de chocolate, helados de vainilla, enormes pizzas y Mc Donald's para llevar. Como si mi madre no me tuviera bien alimentada en las comidas y cenas de navidad que celebrábamos en ese mes.

Rara vez Kim salía por las noches, pero aquel jueves en el que yo salí tarde del café y para colmo me di cuenta al llegar a casa que me había dejado las llaves, no estaba. Toqué al timbre cien veces, pero no contestaba. Así que me coloqué bien el gorrito de lana asqueada por mi mala suerte y esperé pasando un frío desolador hasta que entrase algún vecino que me dejara subir al rellano. El señor Hope, el vecino del segundo, tardó veinte minutos en venir. Iba con un carrito de la compra, me pregunté si habría alguna chocolatina en su interior. Me estaba muriendo de hambre.

—Jovencita, ¿te has dejado las llaves? —me preguntó apenado.

—Sí, señor Hope.

—Vaya por Dios. Adelante, adelante. ¿Quieres subir a mi piso y esperar a tu compañera allí?

Ni de broma.

—No, no hace falta. Seguro que llega enseguida.

—Como quieras.

Me adelanté al desesperantemente lento paso del señor Hope y subí corriendo las escaleras hasta el cuarto piso; toqué a la puerta, por si Kim no había escuchado el timbre de abajo. Pero no, efectivamente, a Kim se le había ocurrido salir esa noche. ¿Estaría con Bárbara? ¿Habría ligado? No, ninguna de las dos posibilidades eran coherentes, sino más bien pertenecientes a un libro de fantasía, ficción e irrealidad.

«Genial. ¡Viva mi buena suerte!»

Apoyé la espalda contra la puerta y me dejé arrastrar hasta el suelo, sentándome con las piernas cruzadas y matando el tiempo mordiéndome las uñas.

A las doce y media de la noche, Kim aún no estaba en casa. Y no, aún no teníamos la ferviente necesidad de llevar teléfonos móviles con nosotros, así que no tenía manera de localizarla. Estaba tan desesperada, que a punto estuve de bajar al segundo piso y tocar a la puerta del señor Hope o a la de la ancianita Dorothy, a escasos metros, y todavía más, cuando me di cuenta que unos pasos que no eran los de Kim, subían las escaleras.

Miré a mi alrededor buscando un lugar en el que poder esconderme, pero dudé mucho de que el vecino de enfrente no me descubriera detrás del minúsculo extintor de incendios o de la maceta con la palmera artificial.

—¡Hombre, vecina! —exclamó Jack—. ¿Te has dejado las llaves en casa?

—Ajá —respondí mirándome las uñas.

Metió la llave en la cerradura y tras unos segundos de silencio, se dio la vuelta y, agachándose para estar a la altura de mis ojos, me dijo:

—Si quieres puedes entrar. Seguro que tienes hambre. Tranquila, no muerdo y te perdono lo de aquel día.

—¿Que tú me perdonas lo de aquel día? ¿Después de todo el jaleo que montasteis? Estás loco.

—Vamos, entra. No te quedes aquí. Kim no va a venir hoy.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Me pregunté si podía entrar de alguna manera a mi apartamento. Pero el suyo daba al otro lado de la calle y no había manera posible de colarme desde alguna ventana a mi apartamento.

—Me la he encontrado esta mañana. Me ha contado que se ha apuntado a un curso de literatura por las noches cerca de la casa de sus padres y que hoy dormiría allí.

—¿Y yo por qué no me he enterado de eso?

—Porque estarás demasiado ocupada pensando en... ¿Cómo se llama?

Sabía a quién se refería, pero no le iba a dar el gusto de que supiese su nombre.

—Venga, pasa. Mi sofá es muy cómodo.

Lo miré un instante. Me pareció totalmente diferente al *chico* que me destrozó mi momento romántico con Bob aquella noche, o al que se encargó de que me diera un buen golpe dejando las cajas de mudanza fuera de lugar.

—Ni hablar. Prefiero dormir aquí que entrar en tu apartamento.

—Vale, como quieras.

Cerré los ojos, pero en esa posición era imposible dormir. Desesperada, miré el reloj. Las dos de la madrugada. Jack tenía razón, Kim no iba a volver a casa esa noche. ¿Me contaría lo del curso de escritura y lo de que se quedaría a dormir en casa de sus padres? Puede que sí me lo dijera, pero Jack tenía razón en algo: solo pensaba en Bob. Mi cabeza siempre parecía estar en otra parte.

Al cabo de un rato, la puerta del apartamento de enfrente se abrió. Jack apareció en pijama mirándome con pena y me acercó un sándwich de jamón y queso y un vaso de agua.

—¿Por qué haces esto?

—No puedo dejarte morir de hambre.

—Dices que el sofá es cómodo, ¿no?



—Si prefieres te cedo mi cama —se ofreció amablemente.

—No, no hace falta.

Me ayudó a levantarme. No podía con mi alma, me estaba cayendo de sueño, me dolía el culo y si no fuera por el sándwich, mi estómago hubiera empezado a tocar una desagradable sinfonía a base de crujir y crujir.

—Gracias —le dije, ya en el interior del piso.

Era un apartamento pequeño pero perfectamente organizado. Había pensado que Jack sería un desastre; desordenado con camisas en el suelo y latas de cerveza por cada rincón del apartamento. Sin embargo, olía bien, a velas perfumadas o algo así. Me pregunté si no sería gay.

—Huele a velas.

—Me gustan las velas.

—¿Velas perfumadas? —Traté de no reírme.

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, nada.

—No soy gay si es lo que piensas —aclaró ofendido.

Me fijé en sus ojos. Eran despiertos y vivarachos. Tenían una forma almendrada muy bonita; todo en él resultaba dulce y entrañable cuando lo mirabas de cerca. A lo lejos, al verlo con sus vaqueros rotos y sus camisas coloreadas; el cabello castaño revuelto y pinta de matón, por así decirlo, se veía muy distinto a lo que era en realidad.

—¿Trabajas o estudias? —le pregunté, dándole el último mordisco al sándwich.

—Las dos cosas. Trabajo de día y estudio por la tarde.

—Ah.

—¿Y tú?

—Trabajo en un café.

—¿Cuál? —se interesó.

—El café de Jerry, uno que está frente al parque Thompkins, en East Village.

—¿Haces bien el café?

—Claro.

—Entonces iré un día.

«No hace falta», pensé, con la maquiavélica idea de tirarle el café encima de alguna de sus feas camisetas, “sin querer”.

—Ahí tienes el sofá —señaló—. O si quieres ver la tele o algo...

—No, quiero dormir.

—Vale. Pues yo me voy a mi dormitorio. Ah, el lavabo está ahí.

—Gracias, Jack.

—De nada.

Me sorprendí a mí misma sonriéndole. No era una sonrisa falsa, sino todo lo contrario. Era sincera. Estaba agradecida de verdad; cualquiera en su lugar me hubiera ignorado y hubiera dejado que me muriera de hambre en el descansillo del rellano frente a la puerta de un apartamento en el que no podía entrar y, por lo tanto, que durmiera hasta de pie. Pero él no. Jack fue muy amable. Me abrió las puertas de su apartamento y tenía razón en algo: el sofá era muy cómodo.

## CAPÍTULO 19

—

*Duda siempre de ti mismo, hasta que los datos no dejen lugar a dudas.*

*Louis Pasteur.*



### AHORA

—Jack, entonces, debe ser papá. Sí —afirmó April convencida—. Algo así, tan noble, es muy típico de papá.

—¿Ahora ya no crees que papá sea Bob?

—Bob está en Australia, mamá. —Realmente estaba viviendo la historia como si le perteneciera, como si, aún sin existir, estuviera presente—. No puede ser Bob. Bob se fue. Se fue para no volver. Es triste pero...

—Las historias más tristes son las que más se recuerdan. ¿Por qué será?

Un beso de buenas noches.

Ambas sabíamos que no quedaban muchas más noches para descubrir quién fue papá. Bob, Jack, o el tercero, que estaba a punto de asomarse en mi vida.

Kim ha venido esta mañana a verme al taller. Mientras yo pinto, ella habla. Habla sin parar. A veces la escucho y sé de lo que me habla, mientras que otras, sobre todo cuando estoy concentrada en mezclar colores para que salga el que quiero, no tengo ni idea de qué puñetas me está diciendo.

—¿Te acuerdas de aquel curso de literatura al que iba los jueves por la noche?

—Maldito taller —rio, recordando la primera noche que me quedé a dormir en el sofá del apartamento de Jack.

—Pues ahora la que va a dar clases soy yo —informa contenta—. ¿Te lo puedes creer?

Kim conoció allí al que sería su agente literario al cabo de tres años. A la persona que la lanzó a la fama dentro del terreno del género de novelas románticas, e hizo que su nombre sonara con la fuerza de un huracán. Muchos consideraban a Kim la “Danielle Steel 2”. Su sueño se había hecho realidad.

—¿Qué será de nuestro cuchitril, Kim? —pregunto con curiosidad, sentándome en un taburete frente a ella.

—El otro día pasé por delante y miré hacia nuestra ventana.

—¿Viste algo?

—¿Qué quieres que viera? Nada, ¿no recuerdas lo pequeñas que eran las ventanas?

—El señor Hope y la ancianita Dorothy deben estar muertos —me lamento.

—Eran muy mayores allá por principios del siglo XXI —empieza a reír.

—Cómo pasa el tiempo, Kim.

—Y que pase, Jean. Y que nosotras lo veamos. Hay sorpresas que pueden estar esperándonos a la vuelta de la esquina.

## CAPÍTULO 20

---

*Ama sin medida, sin límite, sin complejo, sin permiso, sin coraje, sin consejo, sin duda, sin precio, sin cura, sin nada. No tengas miedo de amar, verterás lágrimas con amor o sin él.*

*Chavela Vargas.*



### ANTES

—¿Hoy no te has dejado las llaves, vecina?

—Hoy no —reí, entrando en casa—. ¿Hola?

—¡Jean! ¡Estamos aquí! —saluda Kim alzando el brazo y moviendo rápidamente la mano sin que aún vea su cara desde el sofá.

—¿Estamos? —murmuré.

Eché un último vistazo al rellano antes de cerrar la puerta. Me gustó ver que Jack aún me miraba. Últimamente habíamos coqueteado un poco. Solo un poco. Él había venido al café, yo decidí esforzarme por no tirárselo encima y Jerry, incluso, me dejó sentarme un ratito con él. Criticamos las manías de Kim, me prometió no volver a hacer una fiesta en su apartamento estropeándome una cita y me había contado cosas tan íntimas como que le gustaban las velas aromáticas porque le recordaban a su madre, recientemente fallecida por un cáncer.

Me acerqué hasta donde estaba Kim que, por lo visto, se había traído un amiguito a casa. Al verlo, me quedé patidifusa.

—¿Tom? —pregunté.

«Así es como empieza un ictus», pensé.

—¡No, no, no! ¡No es Tom, Jean! ¿A qué es idéntico?

—Su hermano gemelo como poco.

—¿Ves? Te he dicho que fliparía —rio Kim traviesa, dirigiéndose a su nuevo amigo y dándole un codazo. No supe si extrañarme más por el idéntico y asombroso parecido o por Kim, que por primera vez en su vida, estaba hablando con un hombre como si tal cosa, cuando las relaciones humanas con el sexo contrario siempre se le habían dado tan mal.

—Me llamo Adam.

(Adam, por supuesto, no era su nombre).

—Jean, soy Jean.

Le ofrecí mi mano cuando lo vi levantarse. Era algo más bajito que aquel Tom que conocí en Irlanda y no, Adam no tenía los ojos verdes pero los suyos, también eran muy bonitos. Desde un primer instante me miraron con curiosidad y yo, sin saber por qué, aparté la mirada con la necesidad de tener un amigo al lado con quien hablar.

—Bueno, me tengo que ir.

—Pero si acabas de llegar. Adam es un compañero de las clases de literatura de los jueves. Tenemos que escribir un pequeño relato entre dos, ¿alguna sugerencia?

—Los escritores sois vosotros —reí—, yo no tengo ni idea.

Me fui corriendo antes de que fuera demasiado tarde y escuché cómo Kim le decía a Adam:

—Bueno, ya otro día si eso. Últimamente está muy rara.

Mentiría si dijera que no me ofendí, pero toqué el timbre de Jack y cuando abrió, sentí un alivio tremendo. Porque con él me sentía como con un amigo de verdad. Era Kim en hombre. Con más sentido del humor; siempre me estaba haciendo reír y diciendo tonterías. Sin embargo, ese día, ocurrió algo diferente. Algo que me asustó, porque yo sentía que mi corazón aún le pertenecía a Bob, aunque estuviera a kilómetros y kilómetros de distancia desde hacía un mes y medio. ¡Uau! El tiempo sí pasa deprisa, sí. Aún me parecía que era ayer cuando dormíamos juntos, muy arrimados... muy pegados el uno al otro. Y, a pesar de lo especial que había sido aquel mes, no sabía nada de Bob. No me había escrito ni siquiera un correo electrónico. En cierto modo, estaba enfadada con él porque parecía que todo lo que habíamos vivido, luego, en la distancia, se había quedado en nada. En el olvido. El «Siempre» no fue con él, no al menos, por aquel entonces.

Jack preparó un par de sándwiches y nos disponíamos a ver una peli cuando, de repente y sin que yo lo esperara, me plantó un beso que yo al principio no correspondí. Me aparté un poco, me sentí rara. Era como besar a Kim, ¡por el amor de Dios! ¿Se había vuelto loco? Habíamos cruzado la barrera de amigos para ir un paso más allá. Entrar en un terreno peligroso y angosto que en esos momentos y debido al recuerdo de Bob, se me hacía complicado.

—No, Jack, no...

Pero él me miraba, con esa carita angelical, rogándome solo un beso. En realidad no necesitaba nada más. Yo no sabía si podía corresponderle, no al menos en esos momentos. Dejé el sándwich encima de la mesa de centro, bajé la mirada y él esperó. Esperó, esperó y esperó... entonces yo me levanté y me fui.

## CAPÍTULO 21

—

*No confíes en todo lo que ves, no creas en todo lo que escuchas y no digas todo lo que sabes.*



### AHORA

- ¡Le diste plantón a papá! Qué feo, mamá. Qué feo.
- ¡Aún no sabes si Jack era papá! ¿Qué me dices de Adam?
- Que yo sepa, papá no era mucho de letras —dice, en plan marisabidilla.
- No conoces realmente su pasado, April.
- No lo he visto con un libro en mi vida.
- Porque prefería jugar contigo antes que estar pegado a un libro. A papá le gustaba leer por las noches, en la cama antes de ir a dormir.
- ¿Sí? ¿Qué leía?
- Ciencia ficción. Le encantaba la ciencia ficción.

## CAPÍTULO 22

—

*Un día voy a escribir todo lo que siento. Y vas a leerlo y a preguntarte si se trata de ti. Y probablemente sí. Y posiblemente ya no.*



### ANTES

La primavera estaba a punto de llegar a la ciudad de Nueva York. Kim seguía con sus cursos literarios y sus historias, en las que nunca, afortunadamente, dejó de creer. De vez en cuando traía a Adam a casa, pero se quejaba de lo poco romántico que era y de lo mucho que le gustaba la ciencia ficción.

—¡Ciencia ficción! ¿Te lo puedes creer? —se quejaba, dando vueltas por el salón. Eso, según decía ella, le inspiraba.

No la escuchaba demasiado. No porque pensase en Bob, que me había escrito algún email diciéndome que Australia era un lugar genial para vivir; más tranquilo que Nueva York aunque...

«Me faltas tú»

—¡Ohhhhhh! —exclamaba siempre Kim, leyendo mis emails privados por encima de mi hombro.

—¿Qué es lo que no entiendes de la palabra «privacidad», Kim?

Jack, desde aquel fallido beso de hacía unos meses, me evitaba. Yo trataba de salir al mismo tiempo que él, pero siempre bajaba la cabeza, saludaba con la mano y bajaba corriendo las escaleras. Cuando yo salía a la calle no había ni rastro de él.

—Os habíais hecho muy amigos, Jean. Qué pena —se lamentaba Kim.

Un día, encontré a Adam frente a la puerta de nuestro apartamento.

—Hola, Adam —le saludé—. ¿Esperas a Kim?

—En realidad venía a verte a ti.

Supuse que algún vecino le había dejado entrar. Me sorprendió su atrevimiento.

—¿Por qué?

Se aproximaba el cumpleaños de Kim. Pensé, con lo amigos que eran, que quizá quisiera prepararle una fiesta sorpresa o algo así.

—Para ir a tomar algo o no sé, ir al cine, si quieres.

Quise volver a preguntarle «¿Por qué?», pero hubiera pensado que era idiota. En mi cabeza solo tenía un cuadro en el que quería centrarme esa noche, pero como Adam era tan amigo de Kim, no quería quedar mal y acepté a la propuesta de ir a tomar algo a un bar cercano.

Nos sentamos en la mesa; Adam se tocaba las manos con nerviosismo y yo, más pendiente de la ventana por si veía a Kim pasar por allí y que me “salvase” de esa extraña situación, vi en ese momento cómo Jack me miraba desde la acera de enfrente. Fue una mirada fugaz, de apenas un segundo, pero en la que entendí cuánto le dolía que estuviera en un bar con *otro tío*.

—Kim habla maravillas de ti —empezó a decir Adam—. Dice que serás la próxima Dalí o algo así —rio.

—Qué exagerada. No, en realidad mis cuadros son abstractos. —Inteligente por su parte preguntarme sobre mi pasión. Podría estar hablando de arte durante horas—. Muy coloridos, lienzos grandes... a menudo me gusta imaginarlos en apartamentos enormes y modernísimos de Upper East Side, de esos con grandes ventanales que hay frente al Central Park.

—Algún día pueden estar ahí.

—Algún día... tengo la esperanza. Pero es complicado.

—¿Complicado por qué? Si es lo que te gusta, adelante. A por tus sueños. Soy de los que piensa que cuando deseas algo con mucha, mucha fuerza, el universo conspira para que se realice.

—¿Esa frase de dónde la has sacado, Adam? —reí, dándole un sorbo al café y tratando de sacarme de la cabeza a Jack y su mirada de cordero degollado. Solo me apetecía salir de ahí e ir a hablar con él después de tanto tiempo. No quería que nuestra amistad, al menos la que se había empezado a forjar, terminase tan mal.

—Bueno, no pierdas la esperanza. La esperanza es lo último que se pierde.

Fue agradable estar con Adam. Nos despedimos en el portal y prometimos repetir otro día. Una «segunda cita», dijo Adam. Así como yo había temido asustar a Bob cuando la primera noche en la que vino a mi apartamento le propuse pasar la noche conmigo; creo que Adam temió lo mismo al ver mi cara de circunstancias cuando dijo lo de tener un segundo encuentro.

—Bueno, si quieres, yo...

—Claro, sí, sí. Claro que sí, Adam.

Se agachó un poco, puso su mano en mi hombro y me besó en la mejilla.

«Encantador», pensé yo.

«¡Ohhhhhhh!», hubiera exclamado Kim.

Subí corriendo las escaleras y toqué el timbre de la puerta de Jack. Tardó un poco en abrirme, así que yo, mientras tanto, aproveché para respirar hondo con tal de tranquilizarme un poco.

Cuando abrió, con las cejas enarcadas y una mueca de disgusto, no llevaba ninguna de esas feas camisetas puestas y me miró como diciendo:

«¿Soy un segundo plato para ti?»

—Entra —dijo, dándose la vuelta y yendo hasta el sofá.



—Jack, no me gusta. No me gusta que estemos enfadados.

«Me importas mucho más de lo que crees», le hubiera dicho en ese momento. Pero estaba tan enfadado, que esperé. Ya habría tiempo de decir cursiladas en otro momento.

—¿Qué tal con ese amigo de Kim? ¿Bien? —Estaba muy celoso y no le importaba demostrármelo.

—Jack. —Le cogí la mano. Él me miró sorprendido—. Si deseas algo con mucha fuerza, el universo conspira para que se realice.

Siempre me ha gustado dejar KO a la gente. Ver sus caras de: «¡Oh, Dios! Esto no puede estar pasando» y reírme un ratito de ellos. Así que, con ganas de ver la cara que se le pondría a Jack, fui yo la que en esos momentos me acerqué peligrosamente a él y sin que opusiera resistencia, se dejó llevar por mi primer beso.

Mentiría si dijera que no pensé en Bob. O en Adam, una distracción momentánea con el que nunca llegué a tener una segunda cita. Al pobre amante de la Ciencia Ficción que me enseñó la frase que se convertiría en la preferida de Jack y que, con el tiempo olvidaría que fui yo quien se la dio a conocer, preguntándole siempre de qué página de internet la había sacado, no lo volví a ver más por casa. Kim le dijo que me había enamorado. Que esta vez era de verdad. Y que estaba segura de que sería para «Siempre».

## CAPÍTULO 23

—

*La vida a veces resulta más fácil cuando aprendes a interpretar silencios en lugar de pedir respuestas.*

*Paulo Coelho  
(The Zahir)*



### AHORA

—¡Lo sabía! ¡Sabía que Jack era papá! —exclama April, con lágrimas en los ojos. Las dos estamos llorando.

—No lo sabías. Pensabas que era Bob.

Ambas, como por inercia, miramos hacia el techo. Ahí estaba el Jack de la historia, con sus ojos azules que dejaron de ser redondos y almendrados con el tiempo, para rasgarse y cubrirse de atractivas arrugas de sabiduría tal y como él las llamaba.

—Creí que era papá cuando mencionaste que su madre había muerto de cáncer —dijo apenada, sin dejar de mirar a su padre.

—El resto de la historia ya la conoces, April. Pero siento no poder decir: ...y fueron felices y comieron perdices.

—Mamá. —April coge mi mano muy fuerte y se la lleva al corazón mientras con el otro brazo, agarra el peluche que le regaló papá—. La vida de papá se acabó, pero la tuya sigue. Puedes conseguir ese final feliz.

Me sorprende. Mi hija siempre consigue sorprenderme y ser ella la que me deje KO a mí. Vuelvo a mirar hacia el techo; Matt parece sonreírme, como asintiendo y dándole la razón a su pequeña.

—Cuánta razón, April. Tu padre hubiera dicho lo mismo.

Al día siguiente, April parecía estar más feliz que nunca. Me encargaría de contarle otras historias antes de ir a dormir. Historias que tuvieran que ver con su padre, por ejemplo. Para que conozca esa época de la vida de Matt que ella no llegó a conocer y que yo sí tuve el gusto.

Cuando dejo a April en el colegio, me voy hasta el cementerio. No he vuelto desde que enterramos a Matt. A mi desastroso y odiado, al principio, Jack. Dejo unas flores en la tumba y leo la palabra «Siempre» grabada en letras doradas bajo la fecha de nacimiento y muerte.

—Soy lo que soy gracias a ti, Matt —le agradezco en voz alta—. Si tú no me hubieras animado a cumplir mis sueños, no sé dónde estaría ahora. Quizá sirviendo cafés con Jerry. O en cualquier otro lugar. —Me seco una lágrima—. Gracias por darme los mejores años de mi vida; por haber sido mi mejor amigo y haberme dado a la niña más preciosa de la que sé que te sentirás siempre orgulloso. Te prometo que haré lo que esté en mi mano para que sea la mujer que tú siempre dijiste que sería: inteligente, fuerte, constante y luchadora. Que crea en la magia y persiga sus sueños. No sé cómo lo has hecho, pero creo que me has guiado desde algún lugar para que se me ocurriera contarle de una manera original cómo empezó lo nuestro. Vecino, ahora me tengo que ir.

Me llevo la mano a la boca, le doy un beso y acaricio la tumba. En ese preciso instante, acompañada de una corriente de aire, siento cómo una mano se desliza por mi cabello y lo acaricia suavemente.

—¿Matt? —pregunto, mirando a mi alrededor.

Y me lo imagino ahí, de pie, sabiendo que no lo puedo ver y riéndose por haberme dejado KO.

## CAPÍTULO 24

—

*Las mejores coincidencias de la vida, son aquellas que te traen buenos recuerdos.*



### DOS MESES MÁS TARDE

#### AHORA

April y yo hemos acordado ir dos veces por semana al café de Jerry. Ni una más ni una menos.

—¡Me voy a poner como una foca con esas crepes! —le digo siempre, tal y como siempre me ha dicho mi amiga Kim entre risas.

El destino, a veces, puede ser caprichoso. Y mágicamente inesperado. Podemos desear algo con mucha fuerza sin ser conscientes de lo que en realidad queremos y... ¡Pam! El universo conspira para que se haga realidad.

Cuando el viernes, al salir del colegio, nos dirigimos al café, sé antes de entrar que va a ocurrir algo extraordinario que quizá, llevaba esperando desde hace tiempo sin saberlo.

Lo veo desde la calle. Veo cómo unos ojos del mismo color que el café que hace años conocí muy bien, me miran con la felicidad de volverme a ver después de... ¡Uff! Cómo pasa el tiempo. ¡Muchos años! Catorce, para ser exactos. Dejamos de escribirnos cuando se enteró de mi relación seria y sincera con Matt. Australia, finalmente, duró más de tres años.

Le sonrío. Él me sonrío a mí sentado en la mesa de siempre, como si nunca se hubiera movido de ahí, con un café que no le gusta enfrente y mil recuerdos atolondrados en la cabeza. Me agacho para hablarle a April y señalando al hombre que hay sentado en la mesa, le digo:

—¿Ves a ese hombre de ahí?

—Ajá —responde April, mirándolo con curiosidad.

—Es Bob, pero en realidad se llama Charles. ¿Lo quieres conocer?

«Ahí está tu final feliz.»

Gracias por haber leído UNO DE LOS TRES.  
Espero que hayas disfrutado de su historia.

Guarda el final en secreto y comparte tu opinión en Amazon.



Más títulos de Lucy Morton

